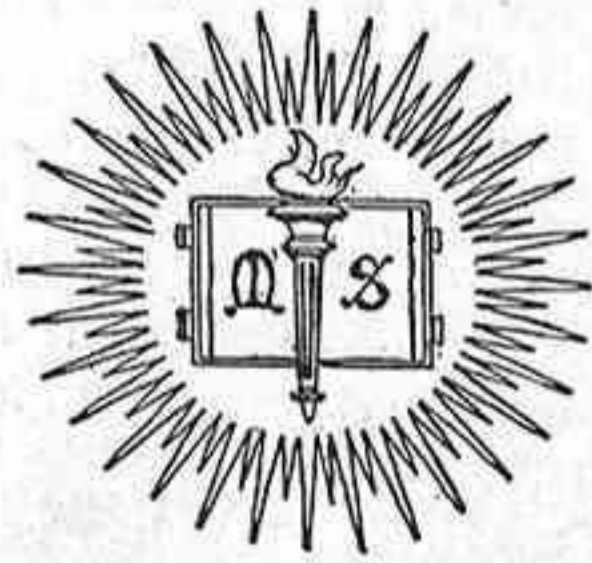


La Ilustración



Artística

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

Año XIX

← BARCELONA 1.º DE OCTUBRE DE 1900 →

Núm. 979

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DE CENTINELA, cuadro de Alonso Pérez

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Libros de moda*, por Emilia Pardo Bazán. — *Carolinas occidentales. Isla de Yap*, por A. — *Fresas de otoño. Cuento*, por Ernesto García Ladevese. — *Inventos caseros*, por Eduardo de Palacio. — *Siempre de lejos*, por P. Sañudo Atrán. — *Nuestros grabados. Teatros. Problema de ajedrez. Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *El globo dirigible del conde Zeppelin. Los boxers chinos. El aceite de trigo.*

Grabados. — *De centinela*, cuadro de Alonso Pérez. — *Carolinas occidentales. Isla de Yap. Ranchería de Roul. Kanaka esclavo. Bote de mucha carga y muy velero. Vista panorámica de la población de Yap. Piragua tripulada por kanakas. Marina con una piragua y los botes para el transporte de coprax y cocos. Casa del Pueblo de Roul. Viaje de SS. MM. y AA. Santander. Maniobras verificadas por el cuerpo de bomberos. La familia real presenciando las maniobras del cuerpo de bomberos. Grupo general de alcaldes en la recepción de Pigulo. Grupo de pescadores en la recepción de Pigulo. Cabeza de estudio*, cuadro de A. Schram. — *El hombre del bastón*, cuadro de Rembrandt. — *Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos*, capitán general del ejército español, presidente del Senado. — *El conde Fernando Zeppelin. El globo dirigible «Zeppelin»*, cuatro grabados. — *Estados Unidos. La ciudad de Galveston (Estado de Tejas)*, recientemente destruida por un ciclón.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LIBROS DE MODA

Voy á hablar de un libro que rápidamente se ha puesto de moda; que es el más visible en los escaparates de París, con su blanca cubierta y las letras negras y grandes de su breve título, elegido con habilidad suma. Un libro que, en estos tiempos de indiferencia, en que se publican muchos buenos libros y apenas habla de ellos nadie, ha conseguido romper la costra de hielo; del cual habla Valera con envidia dulce y noble; que se vende como pan bendito, y del cual renuevan diariamente los libreros la provisión dos ó tres veces. Me refiero á la novela de la época neroniana *Quo vadis?*, de Sienkiewicz.

* *

La compré para entretener el tedio del viaje, esas horas en que no se sabe qué hacer del tiempo, y casi sentía llegar — con todo lo que se desea salir del cautiverio del vagón — porque me faltaban algunos pliegos de lectura. El interés se había despertado, y no era interés bastardo, del que provocan los acontecimientos y los enredos complicados y absurdos, no: era legítimo interés de lector que aprecia, en primer término, el sabor literario de una obra. Las descripciones, el estudio de los caracteres, me habían cautivado hasta el punto de que, recién llegada, cansada, deseosa de dormir, todavía tardé en apagar la luz y seguí leyendo.

La novela es larga. Aunque no molesten cuando se lee á gusto, yo advertía las dimensiones del libro. La acción se desarrolla sin prisa, sin digresiones impertinentes, porque todo concurre al efecto. Cuando terminé y recobré sus derechos la crítica y quise darme cuenta de las razones que hacen tan atractiva la novela de Sienkiewicz, se me figuró que una de las más poderosas es que ese polaco viste con ropa nueva cosas antiguas.

Me explicaré. El espíritu humano no goza, al pronto, con lo nuevo; al contrario, lo repele. Adquiridos ciertos hábitos, cuéstate mucho trabajo perderlos. Sufrir al desahirse de lo que le perteneció. Se encariña con las ideas. No las suelta á tres tirones. Esto explica la supervivencia de infinitas cosas que ya nadie tiene por buenas, y á las cuales sin embargo nadie renuncia.

En literatura hay todavía personas que no han salido del período romántico. En música se oyen acaloradas defensas de la italiana, de Bellini y Donizetti. En cualquier ramo es fácil la observación; las ideas y los gustos estéticos tienen siete vidas.

No obstante, hay un aguijoncillo que estimula á la novedad. Mortifica ignorarla, y seduce conocerla. Entre estas dos tendencias naturales, tiene seguro el triunfo un autor que, como Sienkiewicz, sepa conciliar con arte la innovación y la tradición. Por ésta se le perdona aquélla. Por aquélla se remozca ésta, y adquiere aire de juventud.

* *

Sienkiewicz se acordó del éxito de *Fabiola*, de Wiseman, drama psicológico muy tierno y bien estudiado, y volvió á *Fabiola* del revés. En la novela del ilustre cardenal es la mujer, orgullosa, fría y empedernida en el paganismo, la que se convierte al ver sufrir martirio al hombre á quien acaso amaba en secreto; en *Quo vadis?* es el hombre, Vinicio, quien abre

los ojos al cristianismo con el ejemplo y los sufrimientos de la mujer adorada, Licia. Naturalmente el estilo, el arte de novelar, son diferentísimos en Sienkiewicz y en Wiseman. Como que el polaco ha tomado por modelo á Gustavo Flaubert, en *Salambó*. Aquella minuciosidad arqueológica, aquel estudio concienzudo del ambiente, que en *Salambó* llega á causarnos la ilusión de la realidad histórica evocada y saliendo de la tumba, brillan también en *Quo vadis?* La tarea es más fácil; Roma es más conocida que Cartago. De Roma, de la Roma de los Césares, y sobre todo de Nerón, se ha escrito hasta la saciedad. Los documentos abundan. En esto mismo anduvo hábil Sienkiewicz. Agrada más lo ya familiar, lo que no causa inusitada extrañeza.

* *

De los tiranos de Roma, el más pintoresco es Nerón. Sus crímenes y sus caprichos tienen un color de arte y de refinamiento poético y bárbaro á la vez. Nerón se presta. Sienkiewicz lo sabía y tenía ejemplos de ello. Cuadros, estatuas, poesías, libros, le daban el patrón y el modelo que imitar con soltura, con esa flexibilidad del esclavo que se presta á todo. Las cenas de Nerón, las crueldades de Nerón, los amores de Nerón, los cánticos de Nerón..., tema muy explotado, pero todavía capaz de inspirar y de despertar el sentimiento. El grupo que más llama la atención del público este año en París, en la sección de escultura, es una composición neroniana, una orgía de la época de *Quo vadis?*, semejante á la descrita en *Quo vadis?*

Con más frescura, con una maestría que Sienkiewicz no llega á superar, pintó Alejandro Dumas la época neroniana en la preciosa novela *Actea*. De *Actea* y de *Fabiola* procede *Quo vadis?* No lo digo para quitarle mérito. Es que en literatura no hay planta que nazca sin semilla. Todo tiene precedentes. La originalidad consiste en el sello personal, no en decir algo que jamás se haya dicho — ¡porque se ha dicho tanto y tanto!

* *

Hay fortuna y desdicha para las novelas. *Actea*, que es una de las mejores de su autor, no tiene mucha fama. Yo la he leído varias veces, siempre con gusto. También cuento entre los predecesores de *Quo vadis?* otra novelita, *Marcia*, de Madama Bourdon; y puede contarse el poema *Moelenis*, de Luis Bouillet. Registrando y recordando aparecerían más abuelos y padres de la felicísima novela de Sienkiewicz. Repito que el trabajar sobre lo conocido, es llevar mucho adelantado para agradar á la inmensa mayoría de los que leen.

Por otra parte, *Quo vadis?* ha conseguido recomendación en las familias cristianas, lo cual prueba que se difunde el buen gusto y hasta cierta libertad, pues la novela, aunque de asunto tan elevado y edificante, tiene cuadros muy vivos. La orgía en el palacio imperial y los amores de Petronio con la vestiplice pueden contarse en el número. Yo encuentro en esta novela que los caracteres de mujer son menos verdad que los de los hombres. El de Petronio (que, por dentro, es el verdadero héroe del libro) me parece superior á toda alabanza. Tiene además el mérito de no parecerse á ningún personaje de *Fabiola* ni de *Actea*. Petronio es una cara conocida, un literato de nuestro siglo. Traedle al boulevard, introducidle en un círculo artístico ó intelectual de París, y no se sorprenderá poco ni mucho. Ha visto, desde la Roma de Nerón, la humanidad entera, con sus vicios y sus elevaciones espirituales. Lo sabe todo.

Vinicio también es un hombre real, lleno de vida. La pasión, la divinidad poderosa que le domina y le impulsa á sacrificar su posición, sus ideas, su vida, á una mujer, ó más bien á un ideal, está estudiada con admirable destreza. Como Mato, el héroe de Flaubert, Vinicio, desde que la pasión le toca con su dedo de fuego, lo olvida todo: nombre, gloria, patria, espíritu de conquista, disciplina militar, y sólo piensa en la aparición misteriosa que turbó sus sentidos. Es la locura mansa y oculta del amor, que no se diagnostica, según la ciencia, pero que, en realidad, trastorna el alma como trastorna el cerebro un veneno sutil ó un generoso licor. Es el bebedizo, las hierbas mortales en que la Edad Media, feliz al expresar por imágenes y mitos los pensamientos, simbolizaba la fiebre amorosa. De locos como Vinicio no digamos que esté lleno el mundo, pero hay algunos, bastantes, y nadie conoce, al ver su apariencia tranquila, que son presa de una vesania. Vinicio es un demente. En realidad, si leemos despacio el libro, damos la razón al experto Petronio: Vinicio jamás se convierte: jamás es cristiano: únicamente es un enamorado, cuya pasión ha ido depurándose al influjo de trágicas y terri-

bles circunstancias, que hacen del brillante tribuno militar el manso neófito.

* *

Otro libro de moda, las *Memorias de una doncella de labor*, por Octavio Mirbeau. ¡Qué diferente de *Quo vadis?* Este es el libro malsano, el libro que nadie confiesa, el libro que deja amargo sabor. En él se recuentan las torpezas y las ignominias de la sociedad actual (que, me inclino á creerlo, serán muy semejantes á las de cualquier sociedad de cualquier época que eligiésemos. Acaso sean menores. En esto soy optimista). Pero ya se sabe que ciertas clases sociales ven más de cerca la miseria humana, y entre estos observadores necesariamente crueles, si la caridad ó la filosofía no suavizasen la observación, figuran los médicos, los confesores y los servidores. El servidor es como un mueble: ante él nadie se recata. Si al confesor se le abre la conciencia, al servidor se le deja por hábito de par en par. Los servidores asisten á todo, se enteran de todo, y mudos como esfinges presencian, sin que su opinión se consulte, ni se respete su sensibilidad moral, lo mismo que no se tiene en cuenta su organización física. Así como se les ordena hacer lo que el amo no quiere hacer en persona, se les impone el espectáculo de miserias que los amos pueden aparentar que no ven. Y el silencioso lacayo ó la callada y sonriente doncellita, sin embargo, son gente, tienen oídos y ojos.

* *

Así es que, cuando se deciden á tener lengua, cuentan maravillas. Muchas veces serán maldicientes, serán infames delatores ó interesados espías; otras son los testigos más sinceros y menos recusables. Hay de todo. No siempre los amos miden altura moral superior á la de sus criados. Hasta se dan casos en que estos últimos son más corteses y más cultos que los que los pagan. Yo conocí á cierto señor (empingorotado y con sus dosis de pretensiones literarias y además aficionado á hacer chistes flamencos), que una vez quiso tener un criado al alta escuela, y lo encargó á Londres, ni más ni menos que si se tratase de un impermeable ó de un juego de tijeras. Le enviaron el inglesito, muy atildado de patillas y muy derecho de cuello; uno de esos servidores que adornan una antesala, más que la adornaría una armadura antigua. ¡Qué cosas veía el servidor, que á los dos meses se despidió y se volvió á las orillas del Támesis! Y cuando le preguntaron la razón, respondió con un gesto indescriptible, un movimiento de ojos y de labios casi insignificante, pero en que había mundos de desdén: «¡No es lo bastante gentleman para que yo le sirva!»

* *

Es probable que el inglés tuviese razón. Tampoco á mí me parecía gentleman aquel señor, con sus cuentos verdes ó sucios y sus familiaridades de malísimo tono. Pero aun entre los que en público disimulan y parecen la quinta esencia de la cortesía, ¡qué de revelaciones en el trato interno! ¡Qué berrugas, qué aspectos del carácter descubiertos con el roce del tiempo y de la libertad! Así como mucha gente cree que en casa no existe otro calzado sino la babucha vieja, hay quien, en la vida doméstica, considera que la grosería y la brutalidad es una de las formas de la comodidad y el descanso. Y los que así entienden la vida, dan á sus criados un espectáculo que inspira libros como el de Mirbeau, aunque no lleguen á escribirse estos libros. ¡Si los amos pudiesen oír las conversaciones de antesala y cocina! ¡Si al caer la máscara artificiosa del respeto en presencia pudiesen darse cuenta de lo que sale á la superficie!

* *

De cualquier modo, el consuelo está en recordar que ni estas son cosas nuevas, ni dejarán de ser actuales mientras exista el mundo, á no ser que se obtenga una total modificación del servicio doméstico aplicando á la vida diaria el principio escrito al frente de los *restaurants* automáticos en París: «Sírvelo á ti mismo.» Servirse á sí mismo, es el ideal. Con esto, y con que se logre también instalar las cocinas colectivas y no sea necesaria la cocinera, ni la inspección de la compra, ¡qué ventaja para las amas de casa! El milagro vendrá, como otras muchas cosas, de los Estados Unidos, donde ya parece medio resuelto el problema. Substituir al hombre con la máquina, nunca sería más conveniente que en este caso. Díganlo cuantos lean la última obra del autor de *El calvario* y la mediten.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP

FOTOGRAFÍAS DE M. ARIAS RODRÍGUEZ

(Prohibida su reproducción)

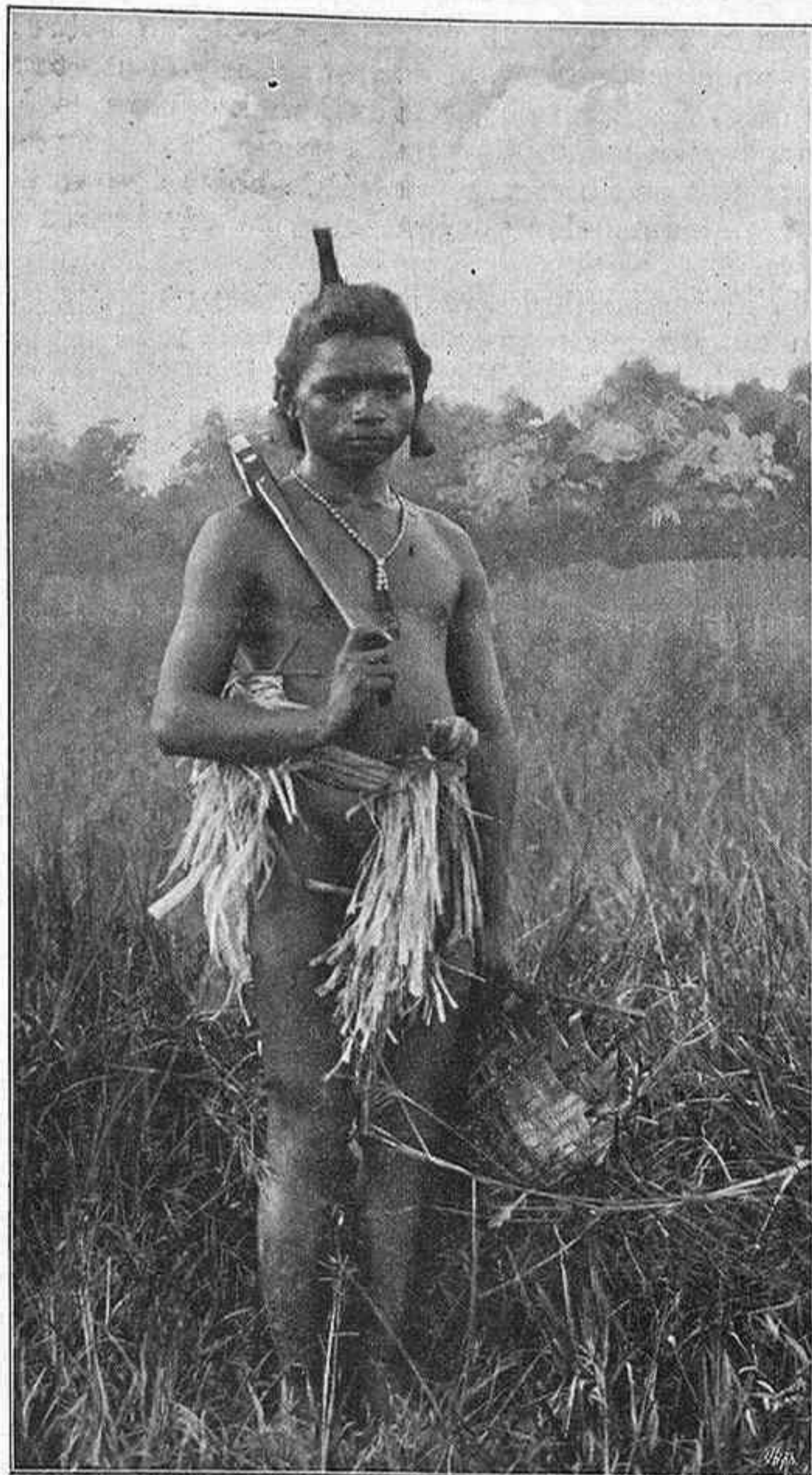
Completando el artículo que publicamos en el número 964, relativo á la cesión de las Carolinas Occidentales á Alemania, damos á continuación algunos datos acerca de la isla y colonia de Yap y de sus habitantes y costumbres, tomándolos de la interesantísima narración que de su viaje por aquellos mares nos remitió nuestro inteligente y celoso corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, como explicación de las bellísimas y curiosas fotografías por él sacadas durante la excursión á que tantas veces nos hemos referido en artículos anteriores.

La isla de Yap es bajo todos conceptos mucho mejor que la de Ponapé. La colonia ó población que lleva el nombre de la isla era reducidísima, pues de ella no formaban parte los naturales, sino únicamente los españoles, componiéndose tan sólo de unas cuantas casitas de tabla con techo de hierro para los oficiales de infantería de marina, algunas más para las clases que por su destino no tenían alojamiento en el cuartel levantado dentro del pequeño fuerte, la factoría de marina, etc. En la fotografía de la página 636, el pequeño fuerte se destaca á la izquierda por sus dimensiones y blancura; á la derecha del mismo está la Casa Gobierno y detrás se ven dos islitas, pertenecientes en propiedad, la primera á la célebre doña Bartola Garrido, de la que nos ocupamos en el artículo antes citado, y la segunda al inglés americanizado O'Keef, conocido en Hong-Kong por «el rey de la copra.»

Los muelles ó malecones que aparecen en la fotografía representan una obra inmensa de suma importancia, llevada á cabo por el último gobernador político-militar que allí tuvo España, quien embelleció considerablemente la colonia sin apelar á recursos extraordinarios del erario español.

En el puerto se observa algún movimiento, debido á las embarcaciones que conducen coco y coprax á las factorías española, alemana é inglesa, únicas que allí existían cuando visitó la isla el Sr. Arias.

Los naturales de Yap son más sucios, pero también



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP.
Kanaka libre natural de esta isla

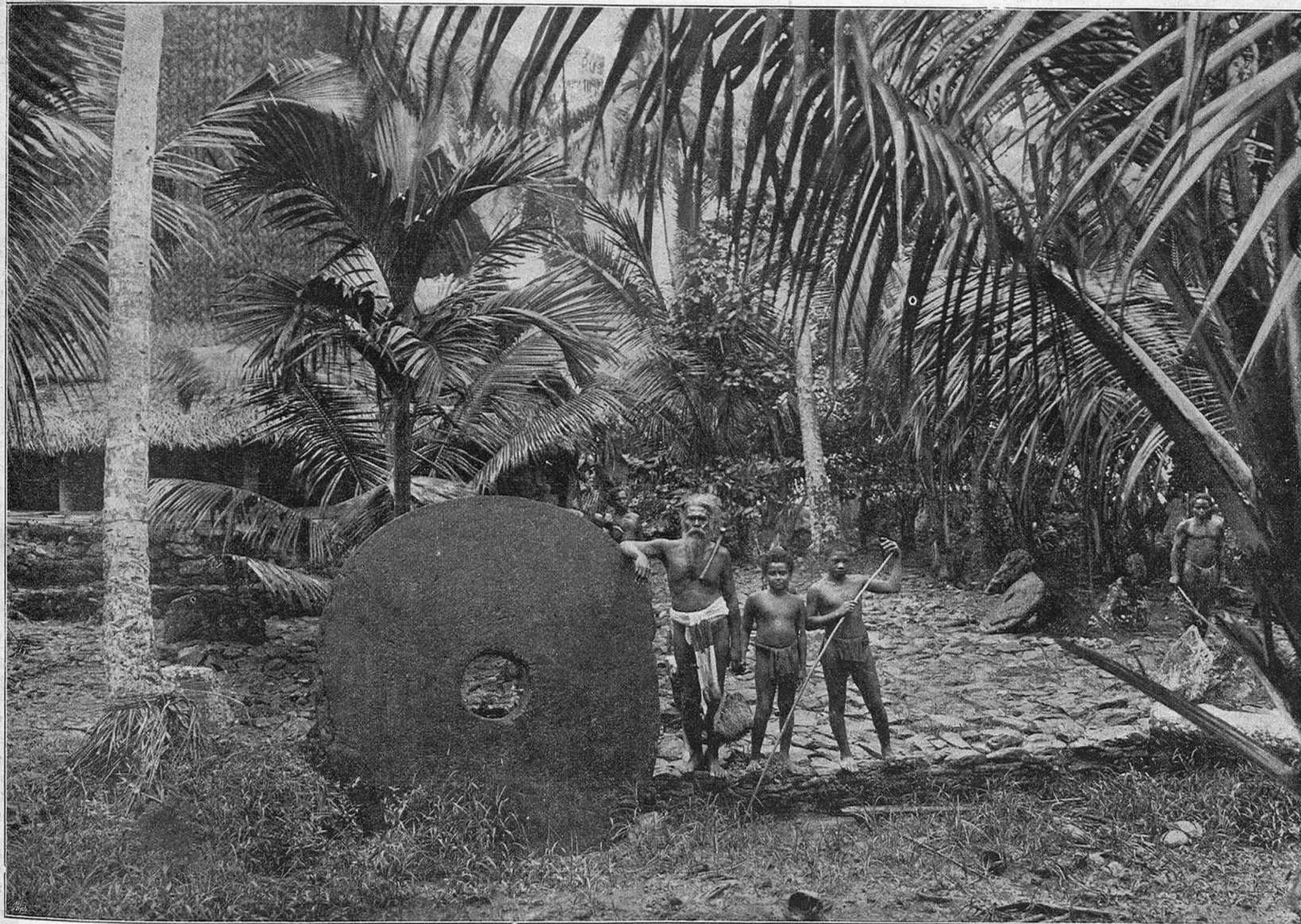
algo más trabajadores é industriosos que los de Ponapé. Los hombres usan por toda indumentaria un

col muy claro ó una tira de tela sucia en la cintura, dejando el resto del cuerpo al aire libre. Las mujeres se cubren desde la cintura hasta cerca del tobillo con un inmenso col muy tupido, formado con hojas de coco secas, y llevan el cabello alisado, con raya en el centro y recogido á los lados. Para las grandes solemnidades usan taparrabos esmeradamente tejidos con una fibra vegetal en la que forman dibujos con otras fibras teñidas de negro, encarnado ó amarillo. Sus adornos, consistentes en pendientes y collares de piedra, jaspe, coco, cristal, abalorios, etc., son iguales á los de las ponapenses.

El dialecto de los naturales de Yap difiere mucho del que hablan los de Ponapé.

Los naturales, aparte de los jefes, se dividen en libres y esclavos: los primeros se distinguen por una gran peineta, generalmente de madera labrada por los esclavos y sujeta en el promontorio de pelo crespo que les cubre la cabeza; los segundos no pueden usar este distintivo. Ningún kanaka libre sale de su casa sin llevar colgada al hombro una pequeña azada, y en la mano izquierda un capazo formado con parte de una rama de coco y una ancha hoja seca, de forma y color parecidos á los del bacalao, de la que se sirven para sentarse.

Aquellos indígenas, salvo rarísimas excepciones, no conocen el valor de las monedas de metal, pero sí el de las de piedra, consistentes en grandes ruedas con un agujero en el centro, parecidas á piedras de molino. La riqueza de una rancharía ó pueblo está en el número y dimensiones de esta clase de piedras, que proceden de las islas Palaos. Una de estas monedas está reproducida en la fotografía adjunta, que representa la rancharía de Roul: el hombre que está apoyado en la misma es el segundo jefe kanaka de las islas Palaos que, cuando la visita del Sr. Arias á aquel pueblo, se encontraba allí accidentalmente; el niño que aparece á su lado es hijo suyo, y de él dice nuestro corresponsal que ninguno de los carolininos que ha visto aventaja á este muchacho en corrección de líneas, en belleza dentro de los rasgos propios de su raza y en simpático aspecto, elogios que la vista del retrato demuestra que no son exagerados. Esas pesadísimas piedras emiten un sonido metálico y carecen de inscripciones; todas tienen un agujero en



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP. - RANCHARÍA DE ROUL. GRAN PIEDRA PROCEDENTE DE LAS ISLAS PALAOS CONSIDERADA COMO MONEDA KANAKA DE GRANDÍSIMO VALOR



el centro, sin duda practicado con objeto de hacerlas más fácilmente transportables.

En Roul, como en todos los pueblos de la isla de



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP
Kanaka esclavo de kanaka libre natural de esta isla

Yap, se encuentra una gran casa con altos y gruesos pies derechos de madera, tabiques parecidos á grueso

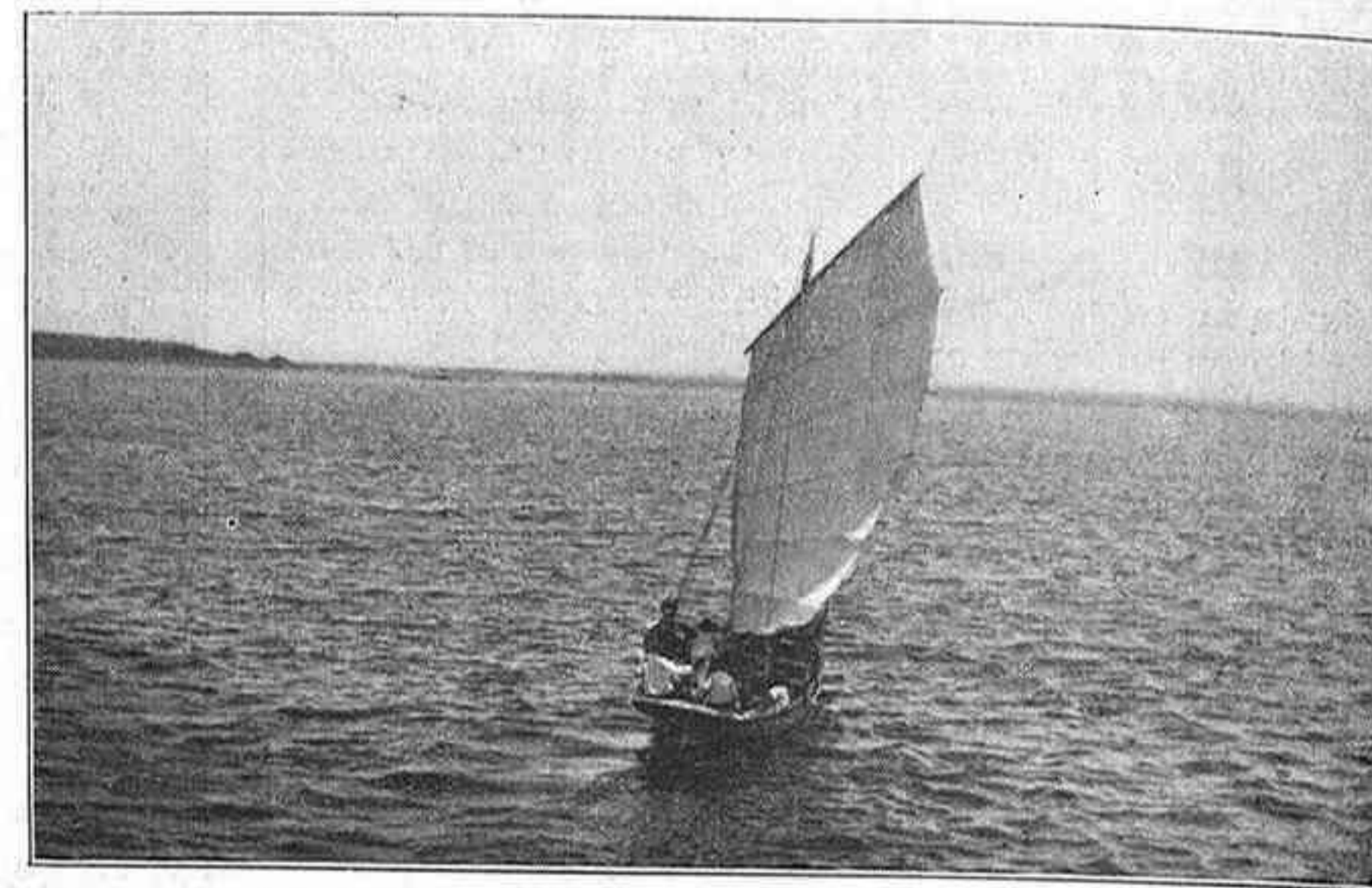
dicho caracol no les haga daño, se colocan sobre la piel un trozo de tela que con el sudor y el uso toma un color sucio obscuro. Otros kanakas usan en los brazos y en los tobillos una especie de ceñidores ó brazaletes de fibras vegetales ó de hojas aún verdes que también suelen ponerse en la cabeza á guisa de coronas.

Las piraguas de los naturales de Yap son mucho más seguras que las usadas por los habitantes de Ponapé, pero carecen de la esbeltez y velocidad que caracterizan á las de las Carolinas Orientales. Su mayor seguridad es debida á que son más anchas y á que su batanga ó contrapeso ofrece mayor resistencia. En el centro de estas piraguas hay una plataforma en la que puede ir un individuo de pie ó sentado con relativa comodidad y sin temor á mojarse aunque haya alguna marejada. Usan además aquellos indígenas unos botes de mucha carga y muy veleros, destinados á conducir coprax y cocos desde las rancherías lejanas á la colonia. El comercio de estos productos es el más importante de aquella isla, y á él se dedican cuatro casas, dos inglesas, una española y una alemana. El antes citado Mr. O'Keef dispone de una flotilla de buques para este tráfico, y en la isla en que habita y que por pertenecerle desde muy antiguo lleva su nombre, se almacena la copra y se beneficia el coco extrayendo de él la carne y secándola al sol para obtener el coprax, tan solicitado en Europa por la mucha cantidad de aceite que contiene. En bergantines de su propiedad la conduce á Hong-Kong, en donde los fardos de coprax se transbordán á los

FRESAS DE OTOÑO

CUENTO

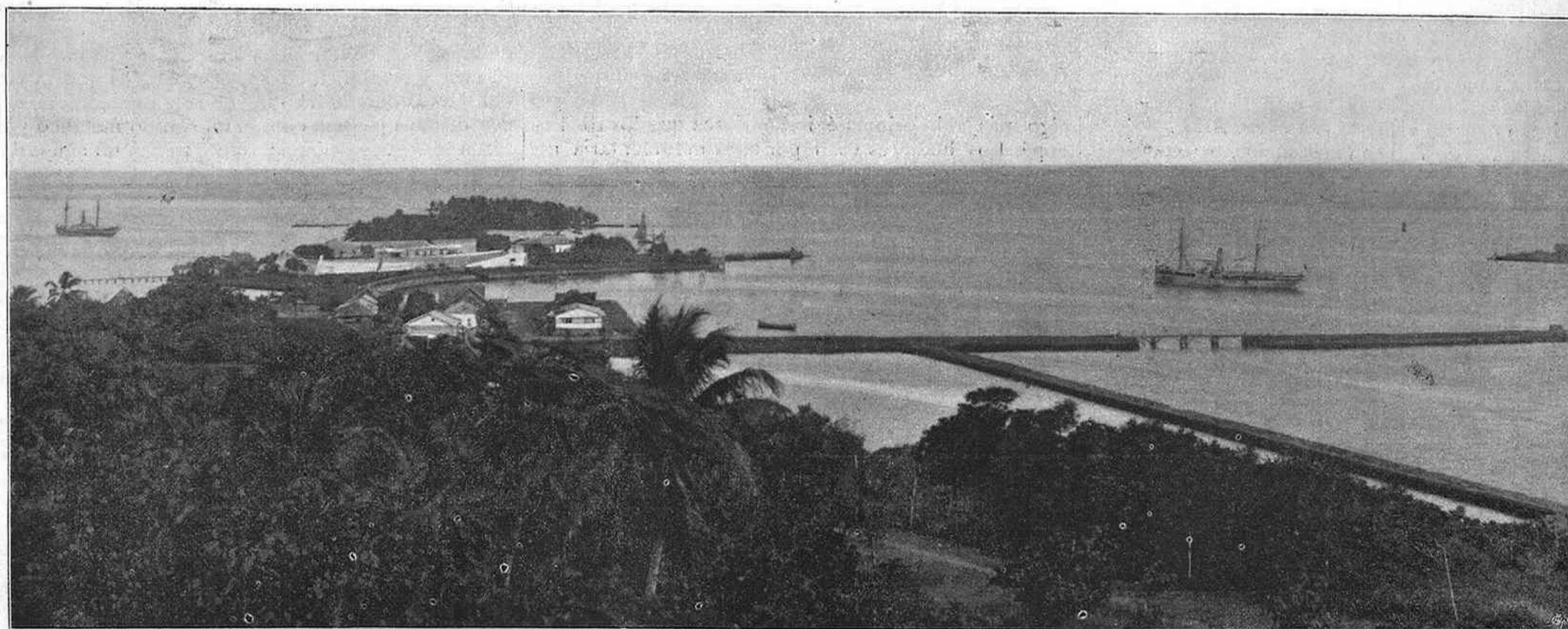
Cuando las alegres vendimias del Medoc terminaban, llegó á la orilla opuesta del gran río que lame la ribera arenosa del rico viñedo, y se instaló en una



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP. - Bote de mucha carga y muy velero, destinado á conducir coprax y cocos desde las rancherías lejanas á la colonia.

casita de campo inmediata al camino de Royán, la hermosísima Liana Bel, más conocida en París por el sobrenombre de *Rayo de oro*, que es como solían llamarla sus admiradores y sus amantes.

No tardó en extenderse por allí la noticia, y aunque la gran belleza parisiense quería hacer una vida retirada, pronto recibió numerosas visitas de conoci-



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP. - VISTA PANORÁMICA DE LA COLONIA Ó POBLACIÓN DE YAP

cañizo y techumbres de hojas de coco muy compactas. Esta casa se denomina Casa del Pueblo porque en ella hacen vida común casi todos los hombres indígenas de la ranchería. Las demás viviendas son más pequeñas y forman un cuadrilongo. Las fachadas anterior y posterior de la Casa del Pueblo afectan la forma de proas de barcos muy anchas é invertidas: en el interior no hay compartimientos; es un espacio común á todos los habitantes del lugar. Las casas del pueblo tienen varios hogares formados con piedras al nivel del suelo; las pocas puertas que hay en los extremos sirven á la vez de ventanas, y para penetrar en ellas es preciso encaramarse sobre pedruscos para salvar la altura de un metro próximamente que media entre el nivel del terreno y el piso de la casa.

En el primer término del grabado que reproduce la Casa del Pueblo de Roul se ven multitud de cáscaras de coco que los habitantes de la ranchería arrojan allí con objeto de ganar terreno al mar, para lo cual les sirve de base la madrepora, que abunda allí extraordinariamente.

Algunos naturales de Yap usan ó modo de pulsera un gran caracol que se han de poner con muchos esfuerzos, y que una vez puesto es muy difícil de quitar: para que la abertura interior de

grandes transatlánticos que hacen la travesía á Europa.

También el Japón importa mucho coprax procedente de Ponapé y particularmente de las islas

dos y de amigos que, después de veranear en las playas de aquella costa, aún no habían emprendido su viaje de regreso á París, permaneciendo rezagados por Royán y por Pontailac.

El primero que la visitó fué el joven conde de Marlet, lo cual hizo sospechar á algunos que estaba ya previamente advertido de la llegada de *Rayo de oro*. Pero en esta sospecha no había acaso más que pura malicia, estimulada por la sorda rivalidad que existía entre los amigos de Liana y que disimulaban todos ellos bajo las más correctas formas sociales.

Además del conde la visitaron Roberto de Perseval, Alfonso de Vilaret, Pedro de Quiroule, Carlos de Riol y otros á quienes en París solía recibir y convidar á su mesa.

Liana, según decía, iba allí sólo á descansar en el seno de la Naturaleza reparadora. No habría, pues, en su casita de campo reuniones, ni convites, ni fiestas como las que dieron fama á su salón parisiense de artista.

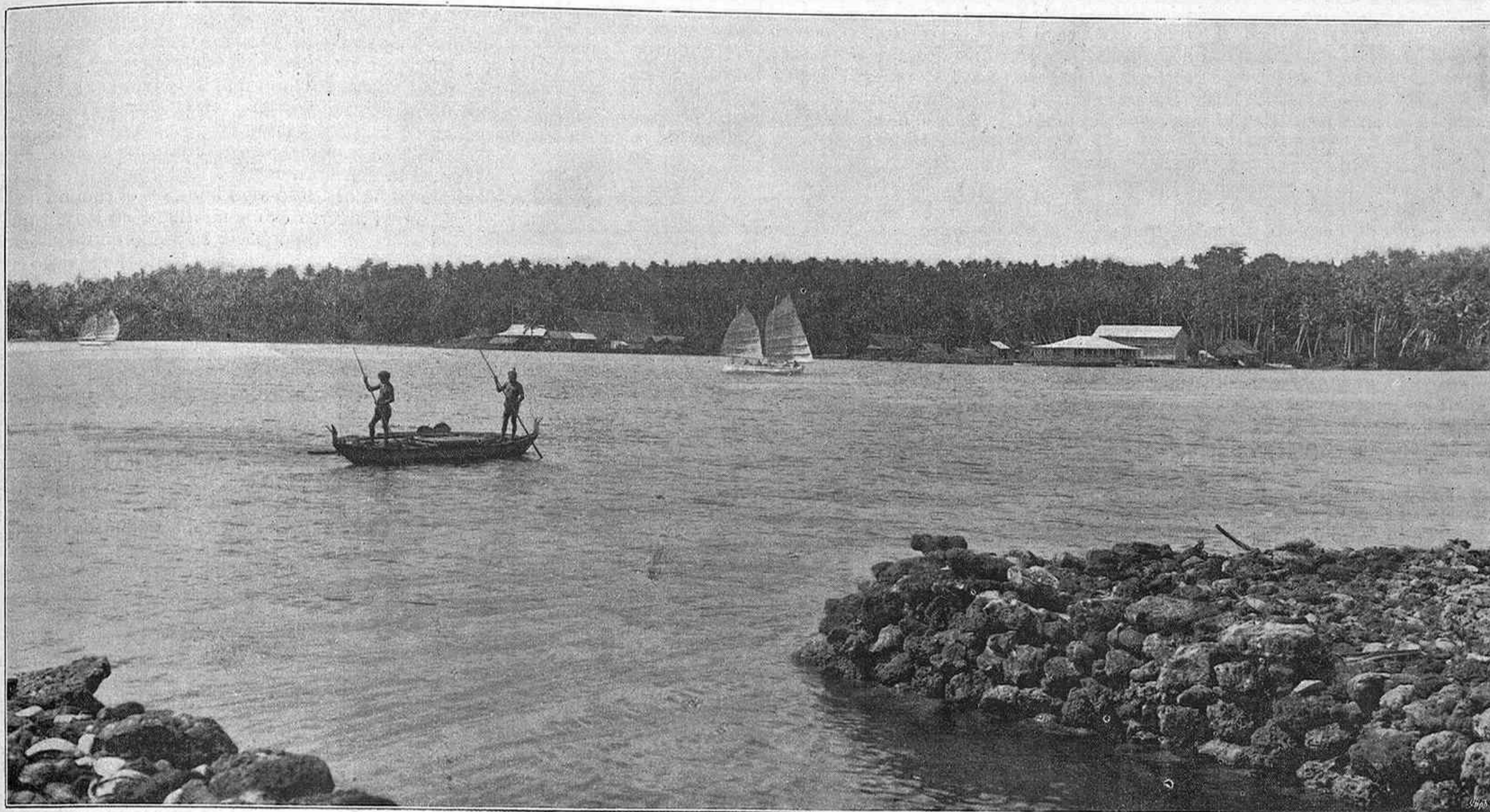
Los amigos no se mostraban muy conformes con esta resolución y querían renovar la divertida existencia de París en aquel apacible retiro.

Hablábase entre ellos del aislamiento extraño en que habían sorprendido á Liana, y alguno dijo:



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP
Piragua tripulada por kanakas naturales de esta isla

Marianas, que son las que se hallan más próximas á aquel imperio. - A.



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP. - MARINA CON UNA PIRAGUA EN PRIMER TÉRMINO Y EN EL FONDO LOS BOTES PARA EL TRANSPORTE DE COPRAX Y COCOS

- ¡Rayo de oro retraída? ¡Amor que acaba ó amor que empieza!
 Y á esta versión seguían otras por el estilo, pues siempre hay gentes empeñadas en traducir la significación de los actos más sencillos y naturales, sobre todo tratándose de una mujer hermosa.

Liana Bel distraíase dando largos paseos por la orilla del mar. Acostábase temprano y también se levantaba temprano, saliendo á pasear sola por las mañanas.
 Una vez, atravesando el pinar que hay entre Ro-yán y Saint-Georges, se le figuró que la seguían.

Volvió la cabeza y no vió más que á un pobre pescador, á quien sin duda el azar llevaba por el mismo camino. El buen hombre iba cogiendo mimbres, con los que tejía uno de esos toscos lazos que usan los pescadores del golfo de Gascuña para atar sus remos.



CAROLINAS OCCIDENTALES. - ISLA DE YAP. - CASA DEL PUEBLO DE ROUL



A los dos ó tres días, en el arenal vastísimo, se quedó mirando unas preciosas margaritas de mar, sonrosadas y azules, de forma caprichosa y rara, que encontraron unos bañistas. Quiso comprárselas, pero ellos se negaron á venderlas, lo que contrarió mucho á Liana.

Entonces oyó de pronto exclamar á su lado:

— ¡Yo sé dónde las hay mejores! ¡Espéreme aquí, que voy por ellas!

Quien esto dijo era un pescador, que se alejó corriendo hacia las rocas que se elevan al extremo de la playa, dobló la rómpiente y desapareció.

Liana tuvo que aguardar bastante. Ya se cansaba de esperar cuando vio reaparecer á aquel hombre. Volvió despacio, andando con dificultad por las puntiagudas peñas.

Al verlo acercarse á ella de nuevo, observó que el pescador se había hecho sangre en los pies.

Mas él dijo en seguida, sonriendo:

— ¡No es nada!

Y sacando del bolsillo unas margaritas de incomparable belleza, rarísimas y de una finura sin igual, en las que se mezclaban maravillosamente combinados todos los colores del iris, exclamó gozoso:

— ¡A ver si las hay como éstas!

La elegante parisiense murmuró encantada al tomarlas de la mano del pescador:

— ¡Hermosísimas! ¡Jamás las he visto iguales!.. ¿Y qué le debo?

— ¿Deberme?.. ¡Qué vale eso!, contestó él encogiéndose de hombros y alejándose visiblemente humillado.

Liana se fijó en él y reconoció al pescador á quien había visto en el pinar pocos días antes entre Royán y Saint-Georges.

Estando ya muy próxima la fecha del regreso de Liana á París, pues todas aquellas playas iban quedándose desiertas, *Rayo de oro* y sus amigos fueron una tarde á Pontailac.

Sentados en la playa, al caer del sol, contemplando el faro que se alza entre las olas, conversaban alegremente. Veíase allí al conde de Marlet, á Carlos de Riol, á Pedro de Quiroule, á Alfonso de Vilaret, á Roberto de Perseval y á otros dos ó tres amigos de Liana.

Ésta les convidó para el día siguiente á un banquete de despedida en su casa de campo.

Hablóse luego de los exquisitos vinos y de la sabrosa fruta del país. Alguno, sin embargo, opinaba que lo mejor de aquella costa era el pescado de Royán. Otro hallaba preferibles las ostras de Marennes.

— ¿Y las fresas de otoño?, dijo uno de ellos. ¡Eso sí que es lo mejor del país! ¡Una verdadera delicia!

— ¡No me las han traído nunca!, murmuró Liana con sorpresa.

— Es que no se venden. Las guardan para sí los que las cultivan en sus huertas.

Y Liana exclamó al oír esto:

— ¡Sentiría irme sin probarlas!

— ¡Oye! ¿Dónde se podría encontrar por aquí buenas fresas de otoño?, preguntó el conde de Marlet á un pescador que había ido á sentarse cerca de ellos sobre un bote medio enterrado en la arena.

— ¡La cosa no es tan fácil!, contestó el marinero. Y añadió pensativo:

— Por allí, en el camino de Marennes, hay un viejo egoísta que tiene en su huerta las más famosas. Pero primero lo matan que dar una... ¡Es inútil ir á pedirselas!

Liana recordó aquella voz. Aquel pescador era el mismo que le había dado las margaritas.

En esto, Alfonso de Vilaret, mirando hacia tierra, se puso de pie sobre el asiento de su silla y gritó:

— ¡Doctor! ¡Doctor!. ¡Miren quién va por allí!, dijo después á sus amigos. ¡El doctor Riquet!

— ¡Cómo! ¿El doctor Riquet?

— Pero ¿está aquí el doctor Riquet?

— ¡Sí, el mismo!

— ¡Doctor! ¡Doctor!, gritaron todos yendo á su encuentro.

Y á Liana se le ocurrió:

— ¡Tiene que venir también á comer mañana con nosotros!



VIAJE DE SS. MM. Y AA. — SANTANDER. — Maniobras verificadas por el cuerpo de bomberos (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)

Al día siguiente, cuando estaban ya casi acabando de comer Liana y sus amigos, decía á sus convidados la dueña de la casa:

— Pero ¿cómo no habrá venido el doctor? Nos prometió que no faltaría... y es hombre formal. ¡Qué bien hemos hecho en no esperarlo!

Destapábase el champagne y se servían de postre magníficas fresas.

— ¡Ah, las fresas de otoño!, exclamó el conde de Marlet.

— ¡No las he visto mejores!, añadió Roberto de Perseval.

tarde. Figúrense ustedes que cuando empezaba á vestirme para venir, me llamaron con toda urgencia á asistir á un herido, diciéndome que el médico del pueblo estaba ausente, que la herida era grave y que nadie más que yo podía salvar á aquel desdichado. Claro está, corrí á cumplir con mi deber. Por desgracia, donde esperaba encontrar un herido, me encontré ya con un muerto. Y he tardado tanto porque el hecho ha ocurrido algo lejos, en el camino de Marennes. El muerto es un marinero de Royán que al

anochecer se metió en una huerta á coger fresas. El dueño le vió, y cuando ya el merodeador se alejaba con el fruto de su rapiña, aquél le hizo un disparo de arma de fuego hiriéndolo por la espalda. Lo más curioso del caso es que aquel hombre, al caer por tierra, sintiéndose mortalmente herido, se incorporó, llamó á una niña que pasaba, le dió unos cuartos, y entregándole un cestito en el que iban, sin duda, las fresas, dijo algo á la niña, seguramente las señas adonde debía llevarlas. La niña echó á correr... El hombre cayó desfallecido... Y esto es lo que se ha visto. ¡No se sabe más!

Liana llamó á su doncella, á quien preguntó impaciente:

— ¿Quién ha traído estas fresas?

— ¡Señora, una niña!

— ¿Cuándo las ha traído!

— ¡Bastante después de anoecer!

— ¡Doctor!, murmuró *Rayo de oro* algún tanto impresionada. ¡Las fresas robadas son estas!

Y viendo en el rostro de sus convidados una expresión de horror, trató de disipar la sombra que había ido á entristecer el fin del banquete.

— ¡Es bien lamentable, dijo, eso de perder la vida por unas fresas! Pero ¿podemos ya remediarlo?.. Por mucho que lo sintámos, el muerto no ha de resucitar... ¡Vamos, sigan comiendo!

Y dando el ejemplo ella misma, añadió:

— ¡La verdad es que son deliciosas!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

INVENTOS CASEROS

El inventor nace lo mismo que el poeta, aunque es mala comparación. Porque hay inventor que vale por muchos miles de poetas, y hay «inventores caseros» á quienes puede clasificarse así, como á los «aficionados de cómico.»

A la Farmacia dedicaron sus padres á Segundo, sorprendiendo bien pronto su entusiasmo por las ciencias en general.

Desde los primeros años de su vida — como dicen los biógrafos panegiristas de personajes notables *per accidens* — el muchacho revelaba aptitudes raras.

Lo mismo cortaba un patrón de vestido para señora, que doraba ó plateaba al galvanismo una moneda de cobre ó una palmatoria; y tan pronto dibujaba cifras para que su prima bordara un pañuelo á su tío, como inventaba «un aparato» muy parecido al tenedor para los mismos efectos.

Su padre no vivía tranquilo y su madre no vivía de manera alguna.

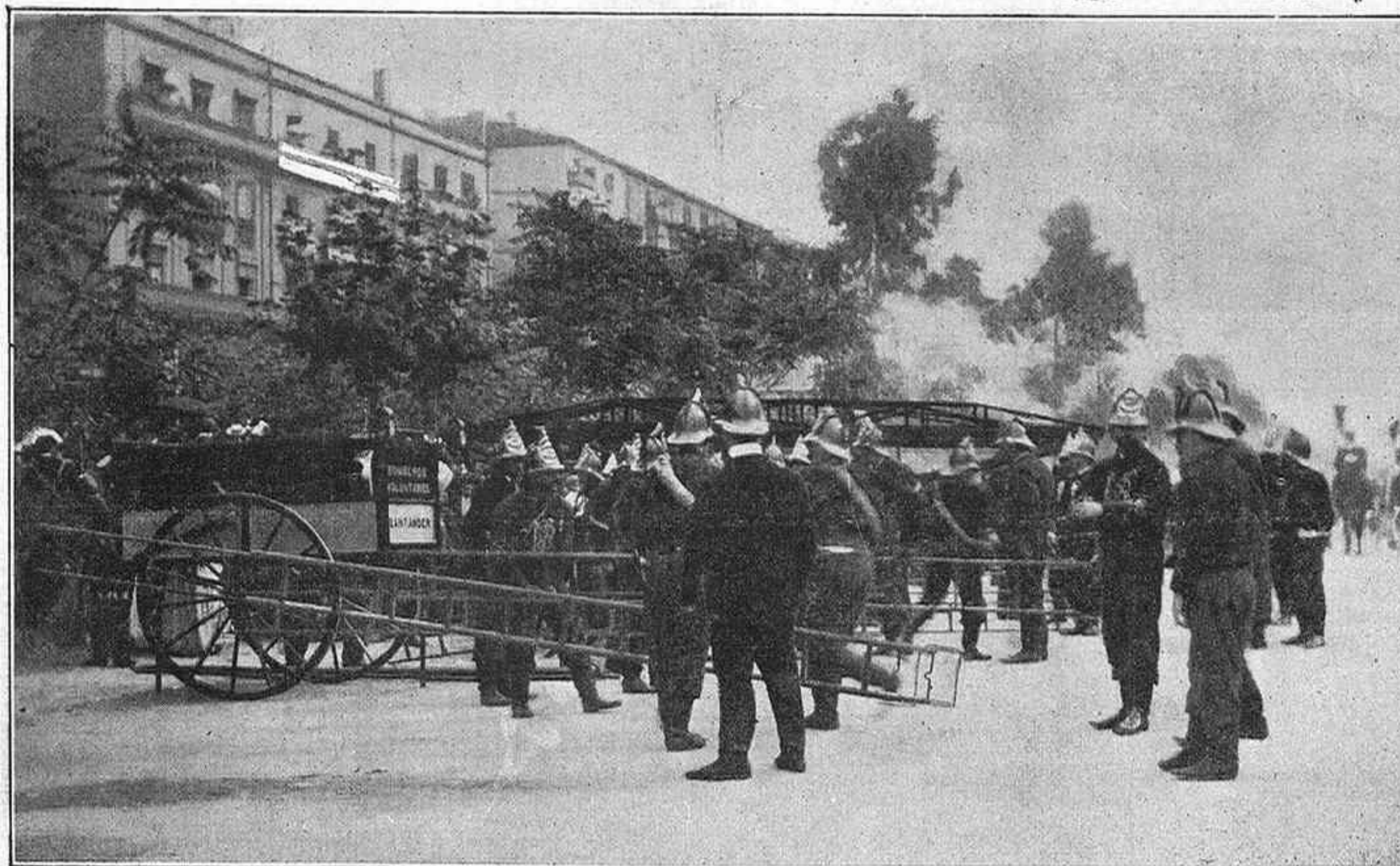
— Este chico se desgracia, pensaba el padre, lo mismo que ocurre á todos los genios.

Y cuando así lo decía, según lo pensaba, alguna persona solía replicar:

— Pues si así fuera, no habría llegado á la meta ningún sabio, y estaríamos ahora en la infancia de la ciencia y de la industria...

— ¿Y usted sabe, objetaba, adónde habrían llegado los que han fallecido y cómo estaría la humanidad?

Segundito pasó por todas las etapas ó las «estampas» — que decía él, hasta que le corrigió su principal;



VIAJE DE SS. MM. Y AA. — SANTANDER. — Maniobras verificadas por el cuerpo de bomberos (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)

— ¡Qué fresas! ¡Qué fresas!, repitieron todos los convidados.

— ¡Qué gusto! ¡Qué aroma!, dijo Liana saboreándolas.

En aquel momento entró el doctor Riquet.

— ¡Cómo, doctor! ¡Ya no le esperábamos!.. ¡Pero aún llega usted á tiempo, siéntese!, murmuró Liana. Y el doctor, sentándose á la mesa, explicó así el motivo de su tardanza:

— ¡Ustedes me perdonarán en cuanto me oigan! Un deber profesional me ha hecho llegar aquí tan

mismo que ocurre á todos los genios.

Y cuando así lo decía, según lo pensaba, alguna persona solía replicar:

— Pues si así fuera, no habría llegado á la meta ningún sabio, y estaríamos ahora en la infancia de la ciencia y de la industria...

— ¿Y usted sabe, objetaba, adónde habrían llegado los que han fallecido y cómo estaría la humanidad?

Segundito pasó por todas las etapas ó las «estampas» — que decía él, hasta que le corrigió su principal;

— empezó por la navegación aérea, como todos los «inventores caseros;» continuó inventando la máquina para el «movimiento perpetuo,» y siguió por la piedra filosofal, el submarino, el subterráneo y otros varios.

En química también hizo diabluras. Como que le echaron de la primera farmacia donde empezó las prácticas de la carrera, por haber puesto á morir á un puñado de vecinos, despachándoles recetas libres de fórmulas, vamos, alterando dosis y componentes, de buena fe.

Y estuvo en poco que no le trasladaran á practicar en algún presidio del reino.

Generalmente le inspiraban los inventos realizados otros inventos ó reformas.

Era, como si dijéramos, un químico de viejo.

Cuando la primera bicicleta, sintió como si le oprimieran el corazón. Él, que había soñado con echarle ruedas al hombre para facilitar su marcha, sufrió un desencanto terrible, doloroso,

— ¡Mi sueño de muchas noches de verano!, exclamó para sí. El mismo. Ya no hay propiedad intelectual.

Y para mayor irrisión, intentó pasear en una bicicleta y no pudo.

Insistió, y al cabo de muchos porrazos y mediante la constancia y el denuedo de un mártir de la ciencia, consiguió dominar el aparato.

En cambio, no lograba apoderarse de la ciencia farmacéutica.

Él podría ganar *records*, pero perdía cursos.

Su propio padre empezó á desconfiar del genio de Segundo.

Había otra causa, aparte de la natural ambigüedad y del ansia del inventor de nacimiento, para que el muchacho apareciera, tal vez, algo tonto..., aun siéndolo por dentro y reservadamente. La causa que produjo tal efecto fué ésta.

Segundo había conocido á Luz.

Luz era una chica brillante, como el nombre indica, lista, espiritual y entusiasta ciclista, como su padre, que era un modesto cuanto laborioso vendedor de cepillos, peines y otros artículos de segunda necesidad.

También el papá montaba, á pesar de su carácter grave y de su edad madura.

Segundo quedó ¡ay!, prendado de Luz.

Como quedan ¡ay!, prendados los muchachos de las muchachas.

Una tarde estuvo á dos dedos de estrellarse por evitar una caída á su Luz.

Luz, que había estado en peligro de lastimarse, agradeció á Segundo la oportunidad y ligereza.

Y el padre de Luz le dió un tabaco de los que él fumaba, de o'ro.

Aquella pasión mutua fué creciendo.

Y la farmacia cada vez peor: ya no ganaba ni una asignatura el enamorado mancebo.

Un paseo en bicicleta con una mujer adorada y con el padre de la misma, es un gozo inexplicable, según afirmaba Segundito.

Pero el padre de la interfecta — que decía él mismo — se opuso á que continuaran aquellas relaciones amorosas.

Le pareció el mozo algo tonto y sin oficio ni beneficio. Y todo era verdad.

Empezó el tirano por alejar á su niña del velódromo y del ejercicio de la bicicleta.

Segundo enfermó solo.

Luz se apagaba por días.

Como habría dicho el aprendiz de farmacéutico, se había quedado la chica lo mismo que una solitaria escapada de un frasco de la muestra.

Ojerosa, no como la tenía, pálida, desencajada, vivía solamente con el recuerdo de aquel joven feo, pero obscuro de color, y pequeño, pero escuálido, descotado y con los bracitos y las pantorrillas al aire libre. ¡Hermosa visión!

Las influencias, las lágrimas, todo fué inútil para rendir al padre.

— Ni la intervención de las potencias extranjeras conseguiría vencerme, dijo una vez para siempre.

Medió el padre de Segundo, y en poco más resulta un lance paternal, ó sea entre los dos padres. Cada cual pintó al hijo del otro como un mamaracho risible.

— Afortunadamente, como decía después de algún tiempo el propio Segundito, murió el padre de Luz y nos casamos.

— ¿Y qué tal?, le preguntaron.

— ¡Ah! Yo muy bien; me dedico á mis inventos y nada más: mi suegro nos dejó dinero. Por lo demás, en casa soy un cerdo á la izquierda.

Quería decir un cero.

SIEMPRE DE LEJOS

La vi en un día de esos llenos de luz en que la primavera hermosa con los rayos de su ardoroso sol las tierras meridionales.

Era un domingo, un domingo de mayo en Madrid y á las doce de la mañana, cuando la calle de Alcalá estaba llena de la primera etapa de gente que la

transita; la que va á las iglesias, una gran parte de la cual vuelve luego á pasar por allí, horas después, para ir al Retiro y á la Castellana, ó á la plaza de toros.

Una mujer se dirigía á las Calatravas, la iglesia adonde concurre la aristocracia, el templo de moda: llamaba la atención de los transeúntes. Yo la había visto la noche antes en un palco del teatro de la Comedia, la había mirado muchas veces con los gemelos, la había declarado el sentimiento de cariñosa atracción que había sabido inspirarme con el alma que se me salía por los ojos al clavarlos con entusiasta anhelo en los suyos, y ella me había comprendido, me había alentado, me había dicho en el mudo lenguaje de la expresión y la mirada: *adelante*.

La esperé en el vestíbulo, dispuesto á seguirla. Se acercó á su

familia un lacayo, y poco después subía á un coche de lujo que ostentaba en la portezuela un blasón y desapareció ante mi vista.

Busqué por allí un vehículo que pudiera seguir al suyo, y cuando lo hallé, no se veía ya el de mi hermosa desconocida.

Excuso decirles á ustedes la satisfacción con que en aquella mañana la vi de nuevo, alentándome como en la noche anterior, y si á las luces que esmaltaban su rica *toilette* en el coliseo de la calle del Príncipe brillaba como una estrella de primerísima magnitud, á la de un día en la corte de España brillaba como si ella fuese verdadera soberana, que así lo pareciera en lo majestuoso de su arrogante figura y al ver los que estupefactos le abrían paso, admirados de tanta belleza. Iba á misa con una distinguida señora de cabellos blancos y porte no menos distinguido que ella.

Cuando salió del templo no pude menos de pensar, al contemplarla extasiado y cruzar una mirada con ella: «¡Cuán cerca se hallan los cielos de la tierra, á pesar de la inmensa distancia que los separa!»

Tampoco pude seguirla entonces.

La esperaba su carruaje, y en el momento en que me disponía á llamar á un coche de plaza, se me acercó un amigo con quien debía almorzar, á quien le había dado cita allí y á quien debía respetos y gratitud de un segundo padre, y desapareció nuevamente el coche de aquella mujer, rápidamente, como pasa un ensueño.

Aquella tarde tuve que ir á los toros con mi amigo.

Ella no estaba.

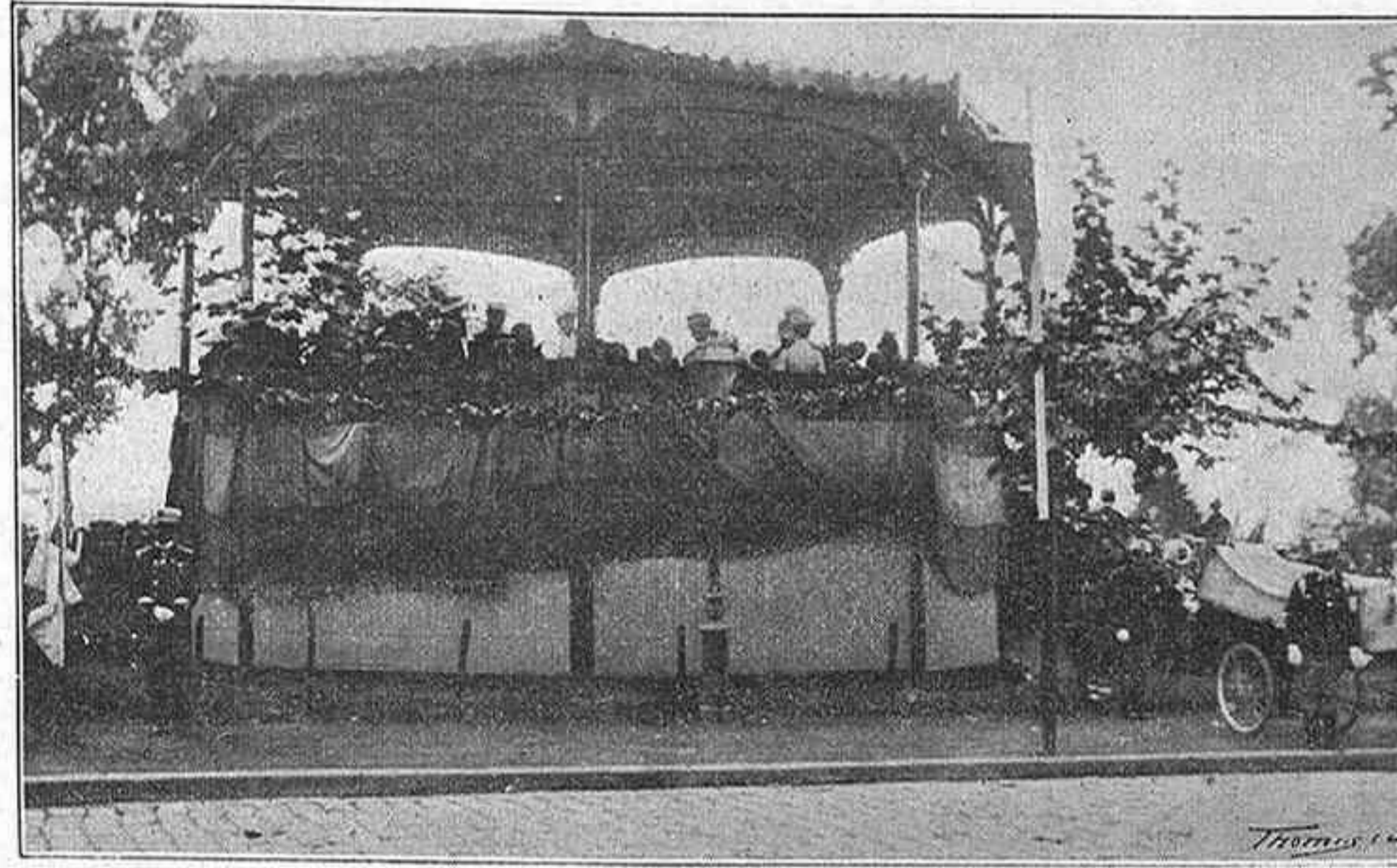
Pasó un día y otro. Iba á todas partes, pero no volví á verla. Averigüé únicamente su nombre, por una rara casualidad, el sábado siguiente, en el mismo teatro, al estrenarse una obra y notar nuevamente su ausencia y decidirme á preguntarle á todo el mundo por ella, aun á trueque de cometer quizás una indiscreción.

Cuando al día siguiente me fuí á las Calatravas á la misma misa de doce, llamó mi atención un suntuoso coche fúnebre tirado por seis hermosos caballos que se había detenido precisamente delante de aquella iglesia; pregunté y supe que la que iba en aquel coche era ella; ella, á quien yo siempre había visto de lejos y que se me escapaba á mayor distancia que nunca y seguramente á la altura incommensurable adonde difícilmente se llega; volaba al cielo con sus alas de ángel.

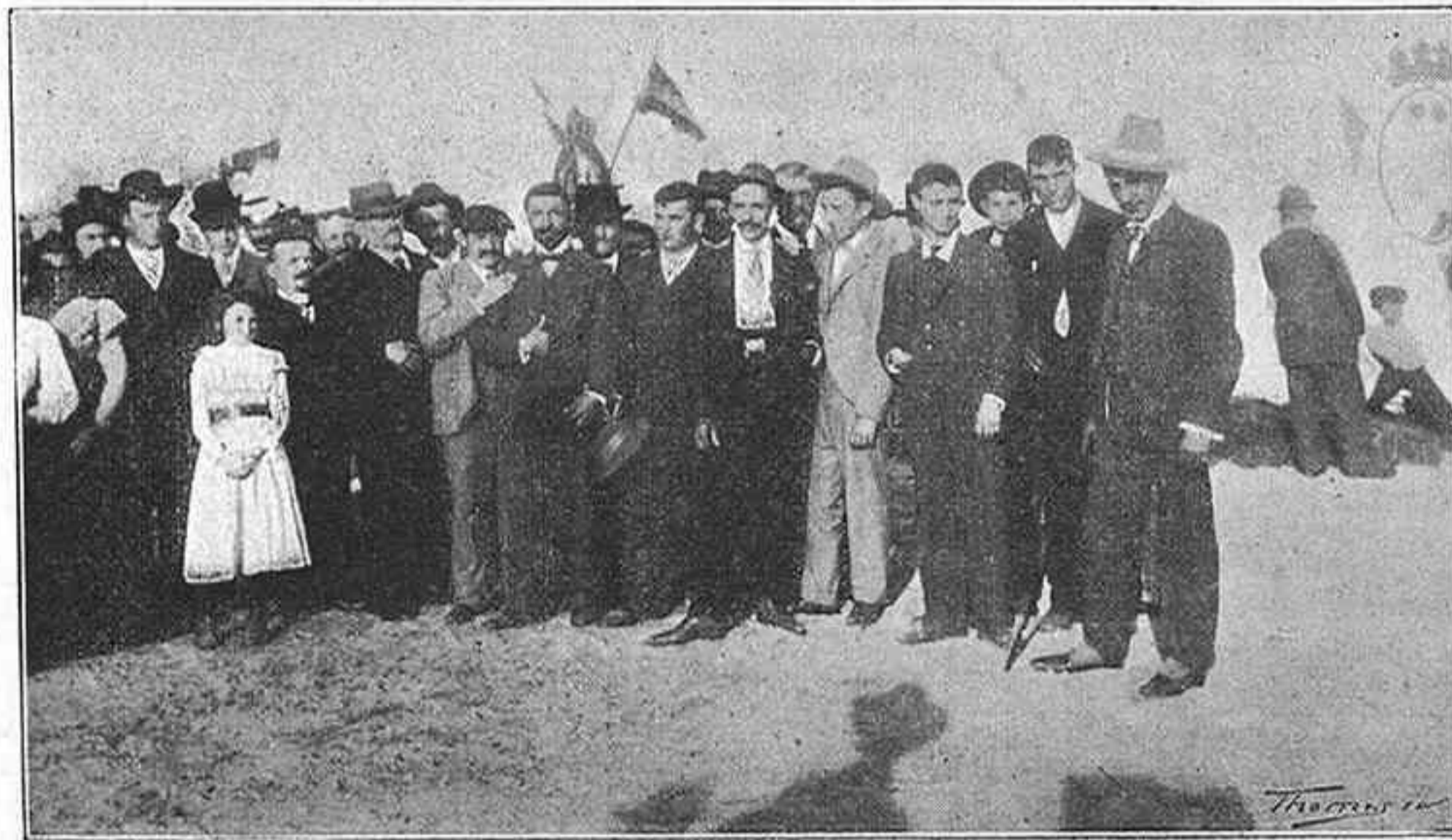
P. SAÑUDO AUTRÁN.

NUESTROS GRABADOS

Viaje de SS. MM. y AA. Santander.—Entre las fiestas con que la ciudad de Santander solemnizó la visita que durante su reciente viaje hizo la familia real, sobresalieron la revista del cuerpo de bomberos y la recepción celebrada en Piquío. La primera, celebrada apenas desembarcaron los reales huéspedes, se verificó en los Jardines y fué presenciada por SS. MM. y AA. desde un templete levantado en el Boulevard, habiendo resultado brillantísima y habiéndose patentizado en ella la excelente organización de aquel cuerpo, uno de los mejores de España. La recepción tuvo lugar en el propio templete de los jardines de Piquío, habiendo desfilado ante los reyes, primero todas las comisiones oficiales y militares de Santander, y después el elemento popular. El espectáculo fué hermoso: miles de personas coronaban el cerro inmediato, mientras las tropas y fuerzas de la guardia civil rodeaban las avenidas.



VIAJE DE SS. MM. Y AA. — SANTANDER. — La familia real presenciando las maniobras del cuerpo de bomberos desde el templete levantado en el muelle del Boulevard (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander).



VIAJE DE SS. MM. Y AA. — SANTANDER. — Grupo general de los alcaldes de la provincia que asistieron á la recepción de Piquío (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander).



VIAJE DE SS. MM. Y AA. — SANTANDER. — Grupo de las pescadoras que asistieron á la recepción de Piquío (de fotografía de Pedro Fernández Poó, de Santander)



EDUARDO DE PALACIO.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Schram



EL HOMBRE DEL BASTÓN, cuadro de Rembrandt que se conserva en el Museo del Louvre



Durante la recepción los vapores del Club de Regatas llegaron cerca de Piquío y soltaron ininidad de palomas.

Las fotografías que en el presente número publicamos referentes á los dos citados actos, nos han sido facilitadas por el distinguido fotógrafo santanderino Sr. Fernández Poó, á quien damos desde estas columnas las gracias por su atención.

El general Martínez Campos.—En la villa de Zarauz, en donde se hallaba veraneando con su familia, falleció el día 23 del mes pasado, el Excelentísimo Sr. D. Arsenio Martínez de Campos, capitán general, presidente del Senado y una de las personalidades que más se destacan en la historia contemporánea de nuestra patria.

Nació en Segovia en 14 de diciembre de 1831, y muerto su padre, estudió la carrera de Estado Mayor con tan notable aprovechamiento, que durante los años de su permanencia en la Academia conservó siempre el número uno que había obtenido en los exámenes de ingreso en la misma. En 1852 salió con el grado de teniente, y terminados los años de práctica, pasó á ser profesor de la Escuela del cuerpo, ascendiendo en 1854 por gracia general concedida al ejército á comandante de caballería. Después de haber formado parte del ejército que á las órdenes del general Dulce fué enviado á Aragón, volvió á su cátedra, hasta que al estallar en 1859 la guerra de Africa, el general Prim, que lo conocía desde muy joven, se lo llevó consigo como ayudante, confiándole las misiones más arriesgadas y más difíciles, que desempeñó siempre á entera satisfacción de sus jefes. En aquella campaña asistió á diez y seis acciones, en una de las cuales fué herido, siendo premiado con la cruz de San Fernando de primera clase y el empleo de teniente coronel, mereciendo además de sus superiores una mención honorífica sumamente enaltecida.

A su regreso á España se encargó de nuevo de su cátedra, que otra vez hubo de dejar para marchar á Méjico con el ejército allí enviado á las órdenes del general Prim. En 1869 fué destinado, á su petición, al ejército de Cuba, y por acción de guerra y brillantes servicios fué promovido en 1870 al empleo de brigadier, siguiendo en Cuba hasta 1872, dirigiendo allí personalmente más de cuarenta combates y demostrando tanta actividad, que durante diez meses no llegó á permanecer en ninguna población dos días seguidos.

En 1873 fué nombrado gobernador militar de Gerona, tomando entonces parte muy activa en la campaña carlista de Cataluña, y en aquel mismo año pasó á Valencia, sofocando la rebelión cantonal. Pacificada aquella provincia, pasó á Murcia, en donde había estallado también el movimiento cantonalista, y bloqueó Cartagena.

Al año siguiente, siendo ya mariscal de campo, se le confió el mando de una división, con la cual, formando en el cuerpo de ejército que mandaba D. Manuel de la Concha, tomó parte principal en las acciones de Las Muñecas y Galdamés, y sostuvo la retirada del ejército después de la batalla de Monte Muro. Más tarde substituyó á aquel ilustre general en el mando del tercer cuerpo de ejército.

Entonces quiso proclamar rey en Tafalla al príncipe D. Alfonso, mas no pudo realizar sus propósitos por haberse opuesto á ello el Sr. Cánovas del Castillo; pero en la noche del 28 de diciembre salió de Madrid, y al día siguiente el movimiento de Sagunto sentaba en el trono de España al hijo de Isabel II.

Nombrado capitán general de Cataluña en 1875, venció á Savalls en Santa Pau, apoderóse de Olot y de la Seo de Urgel, arrolló á los facciosos hasta el otro lado de la frontera francesa y pacificó por completo el territorio catalán, logrado lo cual realizó una atrevida marcha á través de las montañas del Alto Aragón y de Navarra, y contribuyó poderosamente á la derrota de los carlistas en el Norte y á la completa terminación de la guerra civil en toda la península.

En 1876 y como merecido premio á tantos y tan valiosos servicios, fué ascendido á capitán general.

Poco después, siendo Jovellar capitán general de Cuba, fué nombrado general en jefe del ejército de operaciones de aquella isla. Tarea imposible es la de señalar las acciones que dirigió en aquella campaña; baste decir que como resultado de ellas y algo también como consecuencia de la política allí desarrollada por él, firmóse la paz del Zanjón, que puso término á aquella guerra. Martínez Campos demostró en aquella ocasión su espíritu transigente y liberal, y fué el más tolerante y humanitario de los jefes de operaciones durante aquella sangrienta lucha de diez años.

Después fué presidente del Consejo de Ministros en 1879, ministro de la Guerra en 1881, presidente del Senado en 1885

y en 1891, y capitán general de Castilla la Nueva y de Cataluña en diferentes ocasiones. En 1893 pasó á Melilla, consiguiendo la paz que personalmente firmó con el sultán en la capital del imperio marroquí.

En 1895, atendiendo sólo á los impulsos de su patriotismo, aceptó la difícil misión de procurar la pacificación de Cuba, y allí fué convencido de que sólo una amplísima autonomía podía salvar á España de la catástrofe que más tarde sobrevino; el gobierno, sin embargo, no quiso secundar sus iniciativas, y Martínez Campos regresó á la península sin haber podido intentar la reconciliación que tan ardientemente deseaba y habiendo buscado en Coliseo y Peralejo la muerte sin más estímulo que el cumplimiento de sus deberes militares.

En las actuales Cortes había sido nombrado presidente del Senado.

Como político, y á pesar de la parte activa que tomó en la política de la restauración, fué menos afortunado, debido sin duda á su falta de ambición y á la sobra de otras cualidades, que si honran al hombre en la esfera privada, constituyen á veces una dificultad insuperable cuando de la cosa pública se trata.

Poseía el general Martínez Campos los siguientes honores y condecoraciones: Toisón de Oro, grandes cruces de San Fernando (pensionada), del Mérito Militar (blanca y roja) y de San Hermenegildo; cruz de segunda clase del Mérito Militar, sencilla de San Hermenegildo, de tercera clase de San Fernando (pensionada), otorgada en juicio contradictorio, y de primera clase de la misma orden; cruz y encomienda de Isabel la Católica, cruz y encomienda de Carlos III, gran cruz de la Torre y Espada de Portugal, y medallas de Africa, de Cuba, de la guerra civil de Alfonso XII y del sitio de Bilbao. Estaba también agraciado con las grandes cruces de Leopoldo de Austria y de la Legión de Honor de Francia.

La muerte del general Martínez Campos ha sido unánimemente sentida, pues los mismos que en vida combatieron sus actos políticos han dedicado con motivo de su fallecimiento las más encomiásticas frases al hombre que ante todo y sobre todo ponía á su patria, para cuyo servicio no escaseó jamás esfuerzos ni sacrificios.

De centinela, cuadro de Alonso Pérez.—Este reputado pintor español ha conseguido una de las cosas más difíciles de adquirir dentro de las bellas artes y de las que mejor demuestran la valía del artista, una personalidad propia tan acentuada, que sus producciones se reconocen sin necesidad de mirar la firma que al pie de ellas figura. Varios son los lienzos que de Alonso Pérez hemos publicado, y por ellos habrán podido convencerse nuestros lectores de la verdad de lo que decimos; y habrán podido apreciar además otras cualidades no menos valiosas, el gusto con que escoge los asuntos, la elegancia con que los compone y la finura con que los pinta. Su escuela es verdaderamente aristocrática, los temas que llaman su atención tienen un sello distinguido que se aparta de lo vulgar; y hasta cuando trata escenas del pueblo, como la que reproduce la obra que va en el presente número, rinde culto á esta tendencia, y llevado de su delicado temperamento, las afina, por decirlo así, amoldándolas á su modo de sentir y á las tendencias dentro de las cuales se mueve siempre su inspiración.

Cabeza de estudio, cuadro de A. Schram.—Bien puede afirmarse que este cuadro del distinguido pintor alemán responde á la finalidad principal del arte, que es la reproducción de lo bello. La cabeza por el artista reproducida es de una pureza y corrección de líneas irreprochables, y habla tanto en favor de la belleza del modelo como del talento del artista que tan admirablemente ha sabido trasladar al lienzo sus hermosos rasgos. Y dicho esto, excusado es hacer nuevos elogios de esta pintura, porque de fijo nuestros lectores al contemplarla sentirán esa impresión que constituye la mejor alabanza de un lienzo.

El hombre del bastón, cuadro de Rembrandt.—Cuando se trata de uno de esos nombres que la historia del arte ha consagrado como imperecederos, su simple enunciación equivale á toda una crítica; y cuando vemos que las obras del que tal nombre lleva figuran en sitio de honor en los principales museos del mundo, huelga, al hablar de ellas, toda alabanza: la sanción del tiempo que aquilata el verdadero mérito, el aprecio de las eminencias de la crítica artística, el respeto y la veneración de los artistas que como modelo las toman y la admiración del público en general son pruebas más que suficien-

tes de la excepcional valía de tales obras. Esto es lo que sucede con el famoso pintor flamenco Rembrandt y con su cuadro *El hombre del bastón* que reproducimos; el artista se cuenta entre los inmortales, y su lienzo se cita entre las más valiosas joyas del Museo del Louvre.

La ciudad de Galveston destruida recientemente por un ciclón.—La destrucción de Galveston por un ciclón que sobre ella se desencadenó el día 9 de septiembre último, figurará entre las más espantosas catástrofes que se registran en la historia y la más terrible de cuantas en los Estados Unidos han acontecido. La ciudad ha sido destruida por completo; enormes edificios, que pueden verse en el grabado que en la página 648 publicamos, han sido, no deteriorados, sino arrasados enteramente; cerca de 10.000 personas han perecido entre los escombros; más de mil embarcaciones fueron arrojadas á la playa y aun al centro de la población, que aparecía rodeada de un círculo de agua de inmensa altura, y millares de personas han quedado sin hogar.

La ciudad de Galveston contaba en 1890 unos 44.000 habitantes; la víspera de la catástrofe tenía 65.000. Pues bien: aquella capital fundada en 1836 por hombres laboriosos y enérgicos ha desaparecido en dos ó tres horas. Su principal comercio era el de granos y algodón, y su puerto era de capital importancia porque en él se recibía todo el algodón de Tejas y de los territorios indios, lo cual significa la tercera parte de toda la producción americana. Seis líneas de ferrocarril van á parar á ese puerto, y tres viaductos de muchos kilómetros de longitud, que han sido destruídos, unían la ciudad, levantada en una isla, con el continente.

Son innumerables los episodios espantosos ocurridos durante la catástrofe. Cuando empezaron á hundirse las casas, las gentes corrían despavoridas por las calles buscando refugio en los edificios que por sus proporciones parecían ofrecer mayor seguridad: en el Colegio de Roseberg y en la Escuela de Estudios Superiores refugiáronse 2.000 personas que encontraron allí horrible muerte al derrumbarse aquellas monumentales construcciones. Cuando cesó el ciclón, gran número de merodeadores cometieron las más repugnantes escenas despojando á los cadáveres, cortándoles los dedos y las orejas para apoderarse más fácilmente de las sortijas y pendientes que llevaban, y realizando los más brutales atropellos con las mujeres vivas que al paso encontraban. Este horrible espectáculo duró varios días, hasta que declarada la ciudad en estado de sitio pudo restablecerse el orden poco á poco, habiendo sido sumariamente fusilados muchos de los culpables de tan bárbaros sucesos.

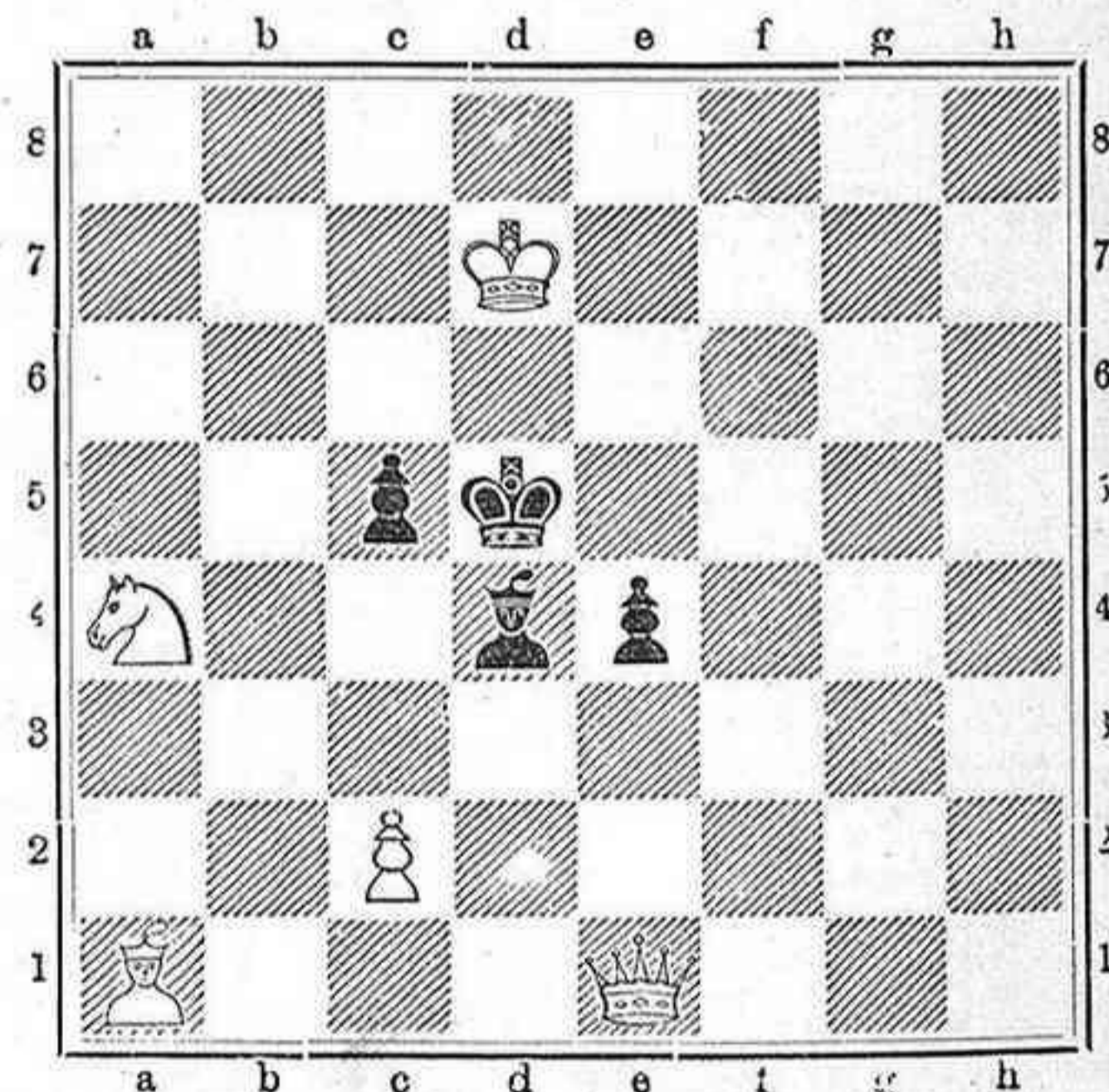
Teatros. — Madrid.—En la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *La Tempranica*, zarzuela en un acto, letra de Julián Romea y música del maestro Jiménez.

Barcelona.—Han inaugurado la temporada de invierno los teatros Romea, Eldorado y la Granvía. En el primero, donde actúa la notable compañía que tan brillantes campañas ha hecho en aquel coliseo, se ha estrenado con buen éxito *La nebo-da*, comedia en tres actos de D. Teodoro Baró, y *La dideta*, comedia en un acto del Sr. Got y Anguera. En los otros dos, donde funcionan sendas compañías del llamado género chico, se han estrenado con aplauso: en el Eldorado, *María de los Angeles*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de los señores Arniches y Lucio, música del maestro Chapí; y en el de la Granvía, *José Martín el Tamborilero*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Fiacro Irayzoz, con música del maestro Jiménez.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 210, POR C. CALAPSO

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 209, POR L. NOACK

Blancas.

1. Dh1-h7
2. Ae6-g8
3. Rg7-h8
4. Af8-g7 mate.

Negras.

1. Te1-e2:
2. R toma C
3. Cualquiera.

VARIANTES

- 1... Ta8-b8; 2. Ae6-f7, R toma C; 3. Rg7-h6, etc.
 1... Cc8-e7; 2. A toma C, Ta8-g8jaq.; 3. A toma T, etc.
 Ta8-f8; 3. Ae7-d6jaq., etc.
 1... f3-e2; 2. Rg7-h6, f4-f3; 3. Dh7-f5jaq., etc.
 1... Te1-c1; 2. Rg7-f7, Cc8-d6jaq.; 3. A toma Cjaq.
 1... Cf1 juega; 2. Rg7-f7, etc.
 1... R toma C; 2. Rg7-h6, Rd4-e5; 3. Dh7-f5jaq., etc.
 1... Cc8-d6ó6; 2. Af8-d6jaq., etc.
 1... Otra jug.ª; 2. Rg7-h6, etc.



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS, Capitán General del ejército español, presidente del Senado, fallecido en Zarauz el día 23 de Septiembre último (de fotografía de Juan Martí).

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Eran pasaportes, certificados de buena conducta y de servicios satisfactorios, periódicos viejos, un ejemplar de *La Clave de los sueños* y otro de *Los cinco Códigos*.

Después de registrar minuciosamente la cómoda, sin obtener resultado, Fanfán buscó por otro lado. Debajo de la cama había una maleta.

La sacó. Pesaba poco. Quiso abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Buscaba con la vista un instrumento cualquiera con que forzar la cerradura, cuando de pronto dió un empujón á la maleta y retrocedió un paso, palideciendo.

— Claudinet, dijo, lo que íbamos á hacer es una mala acción.

— ¡Una mala acción!
— Escudriñarla todo para coger la cartera es un acto feo.
— ¿No dices que la necesitas?

— Pero coger lo que no es nuestro es robar.
— ¿Robar?

Ambos se miraron con embarazo.

Claudinet recordaba las innumerables raterías que había cometido por orden de sus tíos, so pretexto de que necesitaban gallinas, conejos y otras cosas para vivir.

Se ruborizó, porque ahora se daba cuenta de la infamia de aquellos actos.

Pero al contemplar el rostro dolorosamente contraído de su compañero, comprendió que la posesión de aquella cartera tenía grandísima importancia para él, y que el obstáculo que su honradez oponía á la realización de su deseo le hacía sufrir cruelmente.

Venciendo sus escrúpulos, le dijo:
— Hace un rato querías ver esa cartera..., verla nada más... Mirar una cosa, no es robarla. Además esa cartera no es de mi tío... Quizá la encontró..., ó la robó... Él no piensa de la misma manera que nosotros. Y si tú conoces á la persona á la cual pertenece..., ó si llegases á conocerla un día, podrías ayudarle á recuperar lo perdido. Ya ves que eso no es robar.

Fanfán vacilaba. Aquella idea de restitución parecía vencerle.

— ¿Es la maleta lo que no te atreves á registrar?, preguntó Claudinet.

— Sí..., está cerrada... Y me parece que el forzar una cerradura es una mala acción.

— No hay necesidad de forzarla. Aunque está cerrada por delante, como tiene rota una bisagra, se puede levantar la tapa por detrás... Mira.

Esto diciendo, Claudinet había entreabierto la maleta, echando una ojeada á su interior.

— Cabalmente, aquí está la cartera.

Contempló á Fanfán, que apenas se atrevía á mirar y temblaba con la frente inundada de sudor.

Entonces, haciendo un heroico esfuerzo, venciendo, por afecto á su amigo, la repugnancia que ahora le inspiraba una mala acción, el tísico metió la mano en la maleta y sacó la cartera, diciendo:

— Toma... Soy yo el que la ha cogido.
Fanfán dió un grito é hizo ademán de rechazar la cartera.

Pero pensando que aquellas cartas interesaban á la santa mujer que él adoraba como á una madre, que le había amado, protegido é instruído, cogió el paquete que le tendía Claudinet.

Había unas veinte cartas. Les echó un vistazo, una tras otra, sin comprender gran cosa de su contenido, buscando un nombre que fuese para él un indicio.

Todas llevaban por firma el nombre de Carmen é iban dirigidas en el sobre al *Sr. d'Alboize, capitán de estado mayor*.

De pronto, el niño leyó en una y luego en otras

cartas el nombre de Elena, y un estremecimiento sacudió todo su ser.

— ¡Elena!, murmuró. La buena señora de Moisselles también se llama Elena... ¡Elena de Penhoet!

Cada vez más pálido, siguió recorriendo cartas con la vista, ávido de encontrar el apellido de aque-

mayó, momentos antes de declararse el incendio. No tuvo necesidad de abandonar la casa durante los días en que se practicaron en ella las reparaciones necesarias.

Pero su corazón acababa de recibir nuevas y crueles heridas, y permanecía abismada en el dolor intolerable de aquellos reiterados golpes.

¡Jorge vivía!
¡Se encontraba en Francia, no lejos de ella!

¡La había arrancado á la muerte durante el incendio!
¡Y había desaparecido sin reconocerla!

Mientras Paul Vernier, el fiel y discreto amigo, confidente piadoso de sus sufrimientos, corría en vano en busca del fugitivo, ella quedaba presa de una indecible y cruel emoción.

¡Le amaba todavía!
Le amaba con todas las adoraciones inefables, con todos los entusiasmos de su primer amor, con ese amor que nada puede extinguir, ni el abandono, ni la injusticia, ni los crímenes que á veces comete la persona amada.

Como le conocía á fondo, sabía lo mucho que él debía sufrir también.

Si vivía, era porque el dolor del alma es incapaz de matar al cuerpo.

Pero si él sufría es que la amaba aún.

Sí, ella estaba segura de poseer todavía el corazón de su inolvidable Jorge.

Y era justo, puesto que ella seguía amando á su esposo como al principio de su enlace, como el día en que nació Fanfán.

¡Fanfán!... ¡Su hijo!... ¡Ah! ¡También le había vuelto á ver..., le había encontrado por fin!

Porque, después de la escena del álbum, no le había duda alguna.

El niño había reconocido súbitamente la quinta de Penhoet, dando inocentemente los detalles más precisos.

Aquel mísero vagabundo con quien se había encariñado tanto desde el primer momento, era su hijo.

Y como por un refinamiento de crueldad del destino, en el momento de encontrarlo desaparecía otra vez.

Los dos, el padre y el hijo, Jorge y Fanfán, se le escaparon después de haberlos tenido un instante á su lado.

Al enterarse de la desaparición del niño, Elena, desesperada, avisó al comandante de la colonia penitenciaria, que empezó en seguida á practicar las diligencias oportunas á fin de descubrir su paradero.

Nadie había sabido dar el menor informe.

— El muchacho se aburriría en medio de la gente honrada, dijo con petulancia el sargento de la gendarmería. Habrá vuelto al lado de sus antiguos camaradas. La vida nómada y de ratería es para esos pilletes una verdadera necesidad.

El mismo día, Rosa, la criada de Elena, vino á declarar á la señora que se había cometido un robo en el pabellón que habitaba con su marido.

Le habían robado un reloj de plata y algunas de sus modestas alhajas.

Elena, por su parte, notó la desaparición de algunos objetos preciosos que tenía en las habitaciones de la planta baja.

Rosa abrió la boca para acusar al niño, pero adivinó que el mismo pensamiento cruzaba por la mente de su ama, y vió dibujarse en su rostro un dolor tan inmenso, que la mujer se calló.

Elena suplicó á la criada que á nadie hablase de aquel robo y prometió devolverle lo que le faltaba.

Una vez sola, prorrumpió en sollozos.
¡Su hijo! Aquel niño de mirada tan dulce y franca, de sonrisa tan cándida, ¡era un ingrato, un hipócrita, un ladrón!..



Ahora, todo el mundo hacía ignominiosas suposiciones sobre «la separada»

lla Elena, cuyo nombre se repetía con mucha frecuencia.

Pero no halló nada más.
¡Elena!.. Carmen!..

Aunque estos nombres surgían de pronto en su vida, le parecía que no le eran desconocidos.

De pronto, sin proferir una palabra, y como obedeciendo involuntariamente á una inspiración casi irresistible, cogió el fajo de cartas, y descosiendo una punta del colchón en que dormía Claudinet, las escondió en él.

— Meditaré y tomaré luego una resolución... Pero, al menos, nadie podrá servirse de estas cartas antes de que yo sepa si mi bienhechora tiene interés en saber su contenido ó en recuperarlas.

— ¿Ves cómo no hemos cogido nada?, dijo esforzándose en sonreír Claudinet. Ahí quedan las cartas.

Sin embargo, Fanfán no se sentía en paz con su conciencia.

Por la noche, *Caracol*, *Ceferina* y *Panufflo* volvieron borrachos al coche.

Varios amigos espléndidos les habían convidado... No repararon en la lívida palidez de Fanfán, ni oyeron al niño murmurar, durante la noche, agitado por una larga y horrible pesadilla: «¡Después de todo..., el hecho es que he robado!..»

VI

CALVARIO

El incendio de Moisselles había tenido poca importancia.

El siniestro se atribuyó á alguna imprudencia..., quizá del muchacho que la señora de Penhoet había recogido de la colonia penitenciaria y que desde aquella noche había desaparecido.

A nadie se le ocurrió buscar culpables.

Las pérdidas materiales habían sido insignificantes. El salón, salvo los tapices y las cortinas, se había salvado enteramente.

Los muebles habían sido deteriorados por el agua de las bombas.

Pero Elena había encontrado intacto lo que, á sus ojos, era la más preciosa joya que le quedaba: el álbum de recuerdos, el paquetito de papeles íntimos y de fotografías que miraba con Fanfán cuando se des-



¡Ah, la infernal empresa de Jorge había tenido el resultado previsto!

El niño se había contaminado del ambiente corrompido en que le arrojó.

Y la corrupción del infeliz era completa, puesto que ni los cuidados, ni las caricias, ni los beneficios de Elena habían podido salvarle.

Pero aquel triste resultado no la desalentaba.

Si volvía á encontrar al pobre niño, continuaría su empresa regeneradora.

Le salvaría del mal, del vicio, como ya había procurado salvarle de la miseria y del oprobio.

¡Pero ¡ay!, mientras tanto su hijo era un ladrón!

¡Y había huído para volverse á juntar con ladrones!

A todos esos motivos de pena, se añadieron para la pobre señora una serie de vulgares disgustos que le hacían más pesada la carga que soportaba su corazón.

El director del establecimiento penitenciario, obligado á dar parte á la autoridad superior de la evasión del preso, fué severamente amonestado por la imprudencia que había cometido, confiándolo á una persona de cuya vigilancia no podía estar seguro.

El bravo capitán, mortificado por la reprimenda administrativa, no pudo menos de manifestar su mal humor á la señora de Penhoet.

Presentáronse luego los gendarmes en casa de Elena, y con una voluminosa documentación desplegada sobre la mesa, sometieron á la pobre señora á un interrogatorio, como si fuera culpable.

En concepto del sargento, era cómplice de la evasión.

A ella le tocaba disculparse.

Preguntóle su edad, su antiguo domicilio, la partida de defunción de su marido y la fecha de esta defunción.

La infeliz, ruborizada y confusa, tuvo que confesar que no era viuda, sino que vivía separada del señor de Kerlor.

¿Por qué usaba, entonces, el apellido de Penhoet?

Era el de su familia.

— Todo eso no está muy claro, dijo el sargento.

Elena tuvo que explicar su apego á los jóvenes presos.

Su amor al bien, su deseo de aliviar á los que sufren, su beneficencia, parecieron también cosas extraordinarias al representante de la fuerza pública.

Al separarse de Elena, apenas la saludó.

Añadió que tenía que estar á disposición de la justicia y que sufriría un interrogatorio acerca de la desaparición del muchacho, aunque hubiese declarado que no tenía ningún informe que dar, pues en aquel momento crítico, como todo el mundo sabía, ella se había desmayado, quedando expuesta á una muerte segura en medio del incendio, muerte de que había sido milagrosamente salvada por un desconocido.

Aquella misma noche, todo el pueblo estaba enterado del interrogatorio de Elena.

¡Era una mujer separada del marido! ¡Tal vez una divorciada!

Su afición á los niños presos revelaba la bajeza de sus inclinaciones.

El domingo siguiente, al ir á misa, algunas señoras de la localidad le negaron el saludo y otras hicieron como que no la veían.

Elena oía murmullos en torno de ella.

A la salida de la iglesia, todas las miradas se fijaron en ella con impertinencia abrumadora. Nadie la detuvo para hablarla, como antes sucedía en la plaza.

Hacía ya cerca de ocho años que por sus incesantes actos caritativos la llamaban «la buena señora.»

Ahora, todo el mundo hacía ignominiosas suposiciones sobre «la separada.»

Poco faltó para que se organizara una cencerrada contra ella.

Pero ¿qué eran todas esas miserias, comparadas con su insondable dolor?

Afortunadamente tuvo un auxilio y un consuelo.

A la primera noticia de sus sufrimientos, Paul Vernier acudía á su lado.

Aquel hombre era todo abnegación y amor.

Amor sin recompensa y sin esperanza, amor ideal con todas las delicadezas de su desinterés sublime.

Supo infundir ánimo á la desolada mártir.

La indujo á preparar un plan de conducta, á combinar un proyecto, en el cual iba á ayudarla con todas sus fuerzas á buscar á Kerlor y á Fanfán.

Entonces empezó para Elena una investigación loca, incesante, parecida á la que Jorge practicaba por su lado.

Ambos obedecían á una voz secreta que les infundía valor.

Aquello duró semanas y meses.

La maledicencia acusó á Vernier de ser el amante de Elena.

El leal amigo le había hecho ver de antemano el peligro que corría su reputación.

— ¿Tiene usted miedo de esas arpias que se confabulan para hacer jirones de mi honra?, le preguntó ella con una triste sonrisa.

— ¡Miedo, yo!.. ¡Yo, que daría mi vida por usted!

— Pues dejemos que murmuren, mientras vivimos en paz con nuestra conciencia. La amistad de usted me es tan preciosa, en medio de mi desolación, que me dolería mucho tener que renunciar á ella.

Con la ayuda desinteresada de tan fiel amigo, Elena proseguía en sus averiguaciones incesantes.

Apoiada en la abnegación de Vernier, subió aquel calvario, sembrado de esperanzas y de decepciones continuas.

Esta vez tenía un indicio, un rayo de luz para guiarla.

Había visto y casi recuperado á su hijo.

Y su marido la había tenido en sus brazos. Los corazones de ambos habían palpitado un momento juntos.

Vivían los dos seres amados.

¿No era ya una dicha el tener semejante convicción?

Elena pasaba una tarde por la calle Royale, cuando llamó su atención un landó parado á la puerta del ministerio de Marina.

En el carruaje, muellemente reclinada, había una mujer joven y elegante, cuyo rostro no podía ver la señora de Kerlor.

De pronto el lacayo saltó del pescante y abrió la portezuela á un oficial que salía del ministerio.

El oficial sentóse al lado de la señora, y el coche dió la vuelta delante de Elena.

Esta dió un grito desgarrador.

— ¡Carmen!

Pero su grito perdióse en el ruido de la calle, y ella se quedó inmóvil, con los ojos extraviados, próxima á desfallecer, con los dedos crispados sobre el mostrador de una tienda.

Había reconocido también á Roberto d'Alboize.

Pero Carmen, ¿no había muerto?

El *Diario Oficial* había publicado la lista de las personas muertas en el motín de Cayena, y en ella figuraban los nombres de Saint-Hyrieix y señora.

A pesar del mal que le había hecho, Elena lloró años atrás la terrible muerte de su cuñada.

¿Era ahora víctima de una alucinación ó de un extraño y prodigioso parecido?

¡No! Les había reconocido perfectamente á los dos.

No se equivocaba.

Eran Roberto d'Alboize y Carmen.

Aquella cosa imposible era una realidad.

¡Unidos de nuevo! ¡Casados tal vez!

Entonces quedaba demostrada su inocencia.

Podía decir que había reconquistado á Jorge, porque indudablemente se habrían visto éste y sus hermanos.

El esposo arrepentido iba á devolverle su amor.

Y recobraría también á Fanfán.

Pronto los encontraría á todos.

En el ministerio le darían las señas de Roberto d'Alboize.

Entró en él, pero acababan de cerrarse las oficinas. Los porteros no supieron darle los informes que pedía.

Volvería al día siguiente.

Regresó á Moisselles loca de alegría.

Manifestóla á Paul Vernier.

Cada una de las exaltadas frases de Elena era una puñalada en el corazón del enamorado joven.

Pero éste tenía un alma heroica, y tuvo una jovial sonrisa para la alegría de Elena.

— Mañana por la mañana iré á París y le traeré á usted la dirección del Sr. d'Alboize.

Por la noche dieron juntos su paseo por las calles de un bosque inmediato.

Elena hablaba con el corazón abierto, sintiéndose casi feliz por vez primera desde su separación de Jorge.

Vernier se esforzaba en contener las lágrimas que acudían á sus ojos.

Al día siguiente, la señora del notario, que los había encontrado en el paseo, dijo á cuantas amigas quisieron escucharla:

— Anoche sorprendí á la enamorada pareja de bracetete por el bosque. Iban de un modo... indecente. La *separada* habrá recibido la noticia de la muerte de su marido, y los dos tórtolos hablarían de su casamiento.

VII

LA CONFESIÓN

Conforme lo habían anunciado en su carta á Kerlor, Roberto d'Alboize y Carmen habían llegado á

París, y hacía ya más de un mes que se hallaban instalados en un bonito hotel del barrio Monceau, elegido y amueblado por Jorge.

El mayor lujo de la casa estaba en los caballos, á que eran muy aficionados ambos esposos.

Aunque vaciló al principio, Jorge consintió al fin en vivir con ellos.

Tenía sus habitaciones en una de las alas y en la planta baja del hotel. El comedor, el billar, el salón principal y la biblioteca ocupaban el resto de dicha planta.

En la biblioteca, cuyas ventanas daban al jardín, era donde trabajaba Roberto, muy ocupado en los estudios que exigía su reciente cargo.

Carmen se hallaba en toda la fiebre de su nueva vida.

Ser parisiense hasta la punta de sus dedos color de rosa, y haber permanecido años enteros en el confin del mundo; haber tenido á Cayena por capital, y por únicas relaciones — cuando no acompañaba á su marido por las soledades de la Guayana — la sociedad oficial de aquel lejano país, y volver de pronto á la febril capital europea, y encontrarse de lleno en el torbellino de las fiestas, de los teatros y de la sociedad elegante, había para volverse loca de alegría y estar ocupada á todas horas, sin perder un minuto, á fin de ponerse al corriente otra vez de las modas, de las costumbres, de los acontecimientos y también — porque con la edad había madurado su espíritu — de las cosas de arte y literatura, de todo lo que en el día constituye el bagaje intelectual de una mujer de sociedad.

Por otra parte, era la esposa adorada de Roberto. Podía pensar en él sin sonrojos; podía recibir sus besos sin temblar de miedo y de vergüenza.

Podía vanagloriarse de él, erguir la frente orgullosa al oír su elogio, sonreír de satisfacción al ver el alto aprecio en que le tenían sus jefes, la profunda simpatía que inspiraba á sus iguales, el respetuoso afecto que le profesaban sus subalternos, el afán con que todo el mundo buscaba su amistad.

Era feliz, muy feliz, y se lo repetía con frecuencia á Roberto.

Y á veces también á Jorge.

Éste la contestaba con una pálida sonrisa de ternura.

Si la felicidad inundaba el alma y la vida de su hermana, él sufría tal vez más cruelmente que nunca.

No era, sin embargo, el espectáculo de la felicidad del joven matrimonio lo que redoblaba su tormento.

¿No era muy legítima?

Su amor tenía por base la virtud y era indestructible.

Jorge sufría, porque sentía invadido todo su ser y dormidas todas sus facultades por su amor á la desaparecida, de que se avergonzaba.

Y también porque el remordimiento que le había impulsado á buscar á la inocente víctima de su venganza, parecía desaparecer ante el dominio de su vergonzosa pasión por la madre adúltera.

De día, todo eso era casi tolerable.

La charla de Carmen y las elevadas conversaciones con Roberto le distraían con frecuencia de su idea fija, haciéndole olvidar sus sufrimientos.

A veces acompañaba á Carmen al Liceo de Enrique IV, donde Roberto había metido de interno á su hijo Marcelino, creyendo necesaria la vida común del colegio para prepararlo á las luchas de la vida.

A veces, cuando Carmen estaba ocupada, Jorge iba solo á ver al niño.

No le extrañaba el cariño puesto por su hermana en el hijo de Roberto. Era un sentimiento muy natural.

Al separarse de su sobrino, Jorge sentía el alma triste y el corazón destrozado.

Y si encontraba en la calle algún pilluelo que le pedía limosna ó jugaba á las chapas ó vendía romances obscenos, Kerlor pensaba:

— ¡Uno de esos vagabundos es tal vez el niño que aparté de la vida honrada!

Y su pensamiento volvía siempre á Elena:

— ¡La miserable le había engendrado en el crimen y para el crimen!

Poco á poco iba calmándose su cólera, hasta llegar á enternecerse.

Le asaltaban después los recuerdos y se ponía á meditar.

Entonces se doblegaba su orgullo aristocrático y cedía el puritanismo de su conciencia.

Y en un sollozo de rabia, de vergüenza y de pasión, murmuraba:

— ¡Y á pesar de todo la amo!

Quiso vencer definitivamente aquel amor, substituyéndolo en su corazón por uno de esos vicios que se apoderan de un hombre sin dejarle pensar en otra cosa.

Quiso hacerse jugador.

Echó el oro á manos llenas sobre el tapete verde, pasándose noches enteras en las salas de juego.

¡Inútil todo!

Ninguna emoción era bastante fuerte para distraerle.

En medio de las peripecias de una partida que los espectadores presenciaban con palpitante interés, él permanecía tranquilo, desdeñoso, no pensando más que en Elena.

Entonces procuró amar á otra mujer. Acompañó á Carmen en sociedad, haciendo la corte á tal ó cual beldad que respondía á sus insinuaciones.

Y se hacía un momento la ilusión de que se había enamorado de ella.

Pero en medio de sus conversaciones con las más seductoras, en medio de sus confidencias con las más bellas, pensaba en la ausente.

Pidió á la orgía el olvido que no podía encontrar en ninguna parte.

Vano intento.

En todas partes le asaltaba el recuerdo de Elena.

Y su suplicio era más atroz cuando volvía á su solitaria habitación, después de haber pasado la velada entre su hermana y su cuñado, con los nervios algo agitados por la música oída, por el último libro discutido ó por la simple contemplación de aquella íntima felicidad.

Al verse otra vez en su inmenso aislamiento, cuando caía sobre todo su ser el frío glacial de su soledad, cuando no tenía necesidad de reprimirse, entonces...

¡Oh! Entonces era una locura de sufrimiento y de amor, un delirio de lágrimas, gritos de rabia que se perdían en lamentos de desesperación.

Llegaba el día, y el sol no ponía término á aquellos indecibles dolores.

A la hora del almuerzo se presentaba lívido y quebrantado.

Se esforzaba en sonreírse, pero su sonrisa daba pena.

Carmen, inquieta, le había preguntado la causa de su malestar.

Jorge se había limitado á contestarle con afectada indiferencia que sufría insomnios.

— Seguramente, explicó á Carmen, tienen por causa la excitación nerviosa que produce la repentina vuelta á la civilización refinada de París después de una larga vida salvaje.

Carmen y Roberto no se contentaron con aquella explicación.

Les preocupaba mucho el estado de Jorge, que iba agravándose de día en día.

Adivinaban que el recuerdo de Elena era la única causa de sus sufrimientos.

Un día, Carmen pronunció el nombre de la pobre mujer, aludiendo á su muerte.

Las facciones de su hermano experimentaron una súbita alteración.

Jorge se levantó bruscamente, soltó una carcajada estridente y huyó del salón.

— ¿No te parece, dijo Carmen á su esposo, que ha debido haber algún misterio en la muerte de Elena, para que ese recuerdo produzca en mi hermano una emoción tan singular y tan terrible?

— ¿Qué misterio puede haber? Jorge adoraba á su esposa. Su muerte imprevista dejó en él un recuerdo indeleble. No se consuela ni se consolará jamás.

— ¡Pobre Elena! Ella quería también mucho á Jorge. ¿Y su hijo? Comprendo que mi hermano los llora todavía. Hemos de hacer todo lo posible para curarle de esos dolorosos recuerdos.

Mas todo lo que imaginaron para conseguirlo resultó infructuoso.

De pronto, Carmen propuso á su marido ir á Penhoet, con la esperanza de que su hermano se distraería allí de mil maneras, y principalmente con la caza, que abundaba en la finca.

— Convidaremos, si te parece bien, á unos cuantos amigos.

Roberto apoyó el proyecto de su mujer.

Penhoet pertenecía á Carmen.

Y ésta poseía no solamente la finca heredada de su madre, sino que también era propietaria de parte de las tierras inmediatas que habían pertenecido á su primer esposo.

Durante la ausencia de sus dueños, fué alquilada la quinta y arrendadas las tierras de producto por el notario de la familia.

A la expiración del plazo, la quinta quedó desalquilada.

Jorge pareció adherirse gustoso al proyecto de sus hermanos.

Avisó al notario para que procediese á los preparativos indispensables, y pocos días después, Roberto d'Alboize, Carmen y Jorge se hallaban insta-

lados en la antigua residencia señorial de los Penhoet y de los Kerlor.

Jorge pareció de pronto algo aliviado.

El fantasma de su mujer era ahuyentado en su mente por la sombra de su madre, que aún lo llenaba todo en la quinta, aniquilando, por decirlo así, todo recuerdo extraño á ella.

Una mañana, cuando aún todo el mundo dormía en el castillo, Jorge había penetrado en el pequeño cementerio de la aldea y oraba al pie de la tumba de su madre.

Su plegaria era un prolongado sollozo, un desbordamiento de dolores que su corazón no podía soportar por más tiempo, una confidencia á la muerta venerada, que debía oírle desde el fondo del sepulcro, inspirarle saludables pensamientos, ó llamarle á su lado para arrullarle, como en su infancia, entre sus brazos, en el reposo del sueño eterno.

Entonces, en una especie de alucinación, las mármoreas paredes del sepulcro, las inscripciones lapidarias, el altar cubierto de ornamentos sagrados, todo desapareció á su vista y se creyó solo con su madre.

La veía cubriendo de besos á su nietecito, á Fanfán, que se los devolvía con frases de ternura.

La veía enseñando las primeras letras al niño en su devocionario.

La veía sonriendo á Elena, en quien había puesto verdadero cariño de madre.

Elena le hablaba de Jorge, y las dos mujeres, coincidiendo en un mismo pensamiento de amor por el ausente, cubrían de besos al angelito que le substituía al lado de ellas.

— ¡Madre!., exclamó Kerlor; ¡madre mía!., no quiero arrojar á esa mujer de mi corazón!., porque la amo!

Más de pronto surgió á sus ojos la escena terrible en que su madre y él juzgaron á la culpable, que luchaba en vano bajo la acusación abrumadora, acusando á su vez á Carmen inocente.

— Estoy avergonzado de mi flaqueza, madre mía, porque tú también viste su infamia... ¡y no obstante a amo!

Abrumado por aquella confesión, continuó en actitud suplicante:

— ¡Madre de mi alma! ¡Dame fuerzas para ahogar esta pasión deshonorosa!.. Tranquiliza mi conciencia. Dime que puedo cesar de tener piedad y amor. Dime que hice bien en entregar el bastardo á los bandidos que han debido formarlos á su imagen. Dime que hice bien en expulsar á la miserable que vive, no sé donde, riéndose tal vez de mí, con su amante!..

Contestóle un grito.

Volvió la cabeza.

Se hallaba en presencia de Carmen, perdida en la penumbra del mausoleo.

Estaba pálida como una muerta.

Un ligero temblor de sus labios y la contracción de sus manos contra el muro de la tumba eran las únicas cosas que indicaban que la vida no la había abandonado.

Miraba á su hermano con espantados ojos.

Jorge no reparó en la terrible emoción que la ahogaba.

En el alocamiento de su dolor, echóse en brazos de su hermana murmurando:

— ¡Ay, Carmen! ¡Qué desgraciado soy!

Y sin dejarse interrumpir por los gritos inarticulados ni por los desesperados gestos de ella, sin mirarla, hablando más bien á su madre difunta que á su hermana, recordó en una oleada de palabras, breves é impresionables, el crimen y la venganza, la entrega del niño á un criminal desalmado, el abandono eterno de la madre...

— ¡Eso hiciste!.. ¡Eso hiciste!., repetía Carmen en un murmullo de locura.

— ¡Sí!.. ¡Juzgúe, condené y castigúe!..

Continuó expresando sus remordimientos, confesando la pasión que le devoraba arrastrándole hacia la culpable, y su incomprensible necesidad de ver nuevamente á su hijo maldito.

Hablaba con voz sorda, entrecortada por sollozos ó por rugidos de rabia, y sus acentos eran repetidos en notas siniestras por los ecos del sepulcro.

Carmen le oía, alocada, presa de un vértigo, de una especie de delirio.

Estaba lívida. Un sudor frío bañaba su frente.

El corazón palpitante, parecía próximo á estallar.

Ella, la culpable, abrumada por las palabras de desprecio y de odio que su hermano infería á la inocente, enterada de que vivía la que creyó muerta, y de que vivía deshonorada, aborrecida, expulsada de su hogar, madre sin hijo, esposa sin esposo, en castigo de una falta cometida por ella, por Carmen, quería hablar, protestar, poner término á las blasfemias y á las injurias...

Ningún sonido podía salir de su boca entreabierta en un estupor terrible.

Por último, hizo un esfuerzo prodigioso de voluntad y gritó de un modo entrecortado:

— ¡Jorge! ¡Calla!.. ¡Calla!.. ¡Me estás matando!..

Y cayó en una espantosa crisis nerviosa.

Lleno de sorpresa, alocado, Jorge había acudido á sostenerla, pero demasiado tarde.

En su caída, Carmen había dado con la frente en la grada del altar, y yacía sin sentido en el pavimento.

Un hilo de sangre corría por su rostro.

Jorge corrió á la aldea en busca de auxilio.

Momentos después, Carmen era transportada al castillo y acostada en su cama.

El médico, llamado á escape, la declaró exenta de peligro, recomendando únicamente un poco de tranquilidad y descanso.

Roberto velaba á la cabecera de la enferma.

Ésta había suplicado que la dejaran sola con su marido.

Jorge se había retirado á sus habitaciones.

La excitación febril que durante todo el día le sacudió el cuerpo y el alma, empezaba á tener su reacción.

Estaba como atontado por tantas emociones, y no se explicaba la extraña actitud de su hermana durante aquella terrible crisis.

Llamaron de pronto á su puerta.

Roberto y Carmen entraron.

Ambos estaban sumamente pálidos; pero en su rostro se leía la firme resolución de cumplir algún deber sagrado.

Carmen temblaba.

Sus ojos humildes y la actitud de toda su persona revelaban el trastorno profundo de su alma.

Roberto parecía también presa de mortal angustia.

Iba á confesar la única falta de su existencia, á revelar las debilidades de una mujer que amaba más que á su vida, á hacer á un tercero la confidencia de aquellas secretas y púdicas peripecias de un amor, excusable sin duda, pero culpable á los ojos del mundo, y sobre todo á los ojos de un hermano.

Iba á tener que confesar que el respeto, la estimación, el amor de todos, de que disfrutaba Carmen constituían un robo hecho á otra, á una inocente que pasaba por culpable, á un ángel que todos tenían por un monstruo, á una mártir que vilipendaban como á una perdida.



Se hallaba en presencia de Carmen

Y había que hacer tal revelación al desesperado marido de aquella santa, al verdugo inconsciente de aquella víctima.

Roberto era hombre de altivo y noble corazón.

No vaciló un instante. Esforzóse para dar firmeza á su voz y lo confesó todo.

Jorge le escuchó sin interrumpirle.

Su rostro permaneció impenetrable.

En vano Carmen y Roberto procuraban leer sus impresiones en su fisonomía.

Era de mármol.

Roberto, conmovido, se detuvo.

Hubo un instante de silencio.

(Continuará)

EL GLOBO DIRIGIBLE DEL CONDE ZEPPELIN

Recientemente se han realizado las pruebas de este globo dirigible que debieron verificarse en octubre del año pasado y que hubieron de suspenderse porque los globos no tenían la densidad necesaria



El conde Fernando Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre (de fotografía)

para contener el gas durante catorce días sin necesidad de llenarlos de nuevo. Por fin, después de varias tentativas, el profesor Duttonhofer, director de la gran fábrica de pólvora alemana, consiguió fabricar una tela que reunía aquella cualidad en el grado deseado y que ha sido bautizada con el nombre de balonina.

Desde muchos días antes, todas las ciudades del lago de Constanza estaban llenas de extranjeros deseosos de presenciar el interesante espectáculo. La «Sociedad para el fomento de la navegación aérea» había alquilado el vapor *König Karl* para conducir á los invitados, accionistas y personalidades notables, y al mismo tiempo para acudir prontamente en auxilio de los aeronautas en caso necesario. Las compañías de vapores de las ciudades ribereñas habían dispuesto servicios extraordinarios para atender al extraordinario público que quería asistir á las experiencias embarcado.

La paciencia de los espectadores fué puesta á prueba varios días, unas veces por no estar aún henchido el globo y otras por causa del tiempo, habiéndose aprovechado estas suspensiones para probar todos los mecanismos del aparato.

Al fin se presentó el tiempo favorable, y terminados todos los preparativos, hízose salir del cobertizo en donde estaba situado el globo: en la balsa, multitud de hombres sostenían los cables; en la navicilla de proa se veía al conde Zeppelin maniobrando el timón y moviendo el manubrio del peso movable; al barón Bassus, representante de la Sociedad de Aerostación de Munich, y al ingeniero Burr, que desde el comienzo de la construcción del globo ha tomado parte en la empresa; en la góndola de popa estaban el explorador Dr. Wolf, experto aeronauta, y el maquinista Gross.

A cosa de un kilómetro del cobertizo detúvose la balsa, aflojaronse los cables y el globo se levantó un poco. En el primer momento la punta se inclinó, pero en seguida recobró la posición horizontal. De pronto

sonó la orden de soltar los cables, y el globo monstruo elevóse á los aires majestuosamente, viéndose con toda claridad funcionar las máquinas y girar rápidamente las hélices (1.200 revoluciones por minuto).

El globo subió unos 100 metros y luego avanzó en dirección al Este, girando á poco hacia el Sur, obedeciendo á las maniobras del timón y cambiando de rumbo según los movimientos de éste. Por virtud de un movimiento del peso movable, tomó el globo una dirección oblicua, se remontó describiendo un círculo completo y continuó elevándose. Hubo entonces un momento de verdadera ansiedad en los que presenciaban las pruebas, y fué cuando el globo tomó una posición casi vertical; parecía que el aparato iba á dar un vuelco, pero pronto recobró la horizontal y prosiguió su marcha regular. Así continuaron los experimentos hasta que una avería sufrida por uno de los timones al rozar con el cobertizo obligó á suspenderlas y á proceder al descenso, que se verificó con toda regularidad, y felizmente tocando las dos navicillas la superficie del agua al mismo tiempo.

Muy comentado ha sido el resultado de estas pruebas; pero prescindiendo de las exageraciones en que algunos han incurrido dando como resuelto, ó poco menos, el problema de la dirección de los globos, bien puede afirmarse que con los experimentos del conde Zeppelin se ha dado un paso considerable en el camino de la navegación aérea.

Para terminar diremos algo acerca del globo y de su inventor.

El aerostato se compone de una gran envoltura cilíndrica de 107 pies de largo por 11 de diámetro, dentro de la cual van encerrados 17 globos pequeños que contienen unos 10.000 metros cúbicos de gas hidrógeno. El movimiento lo imprimen dos motores Daimler, de 15 caballos cada uno, que hacen funcio-

oficial de caballería del ejército de Wurtemberg tomó parte muy activa en la guerra franco-prusiana, distinguiéndose por sus brillantes hechos de armas. Al ser nombrado teniente general solicitó y obtuvo el retiro, viviendo desde entonces en Ebersberg, cerca de Constanza, dedicado á su pasión predilecta, á la aeronáutica, habiendo sido resultado de sus estudios el globo dirigible de que nos hemos ocupado. — X.

* *

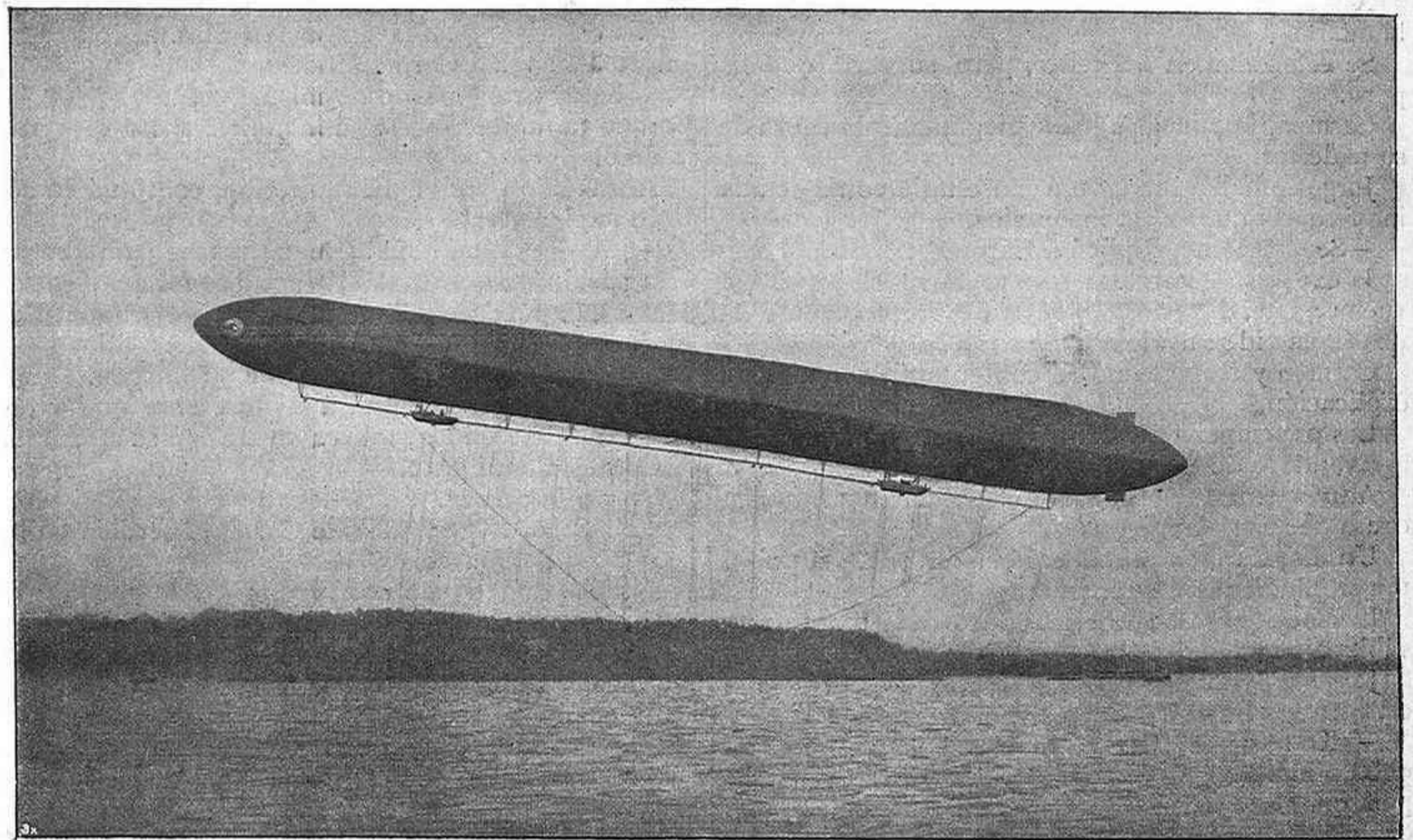
LOS BOXERS CHINOS

El conocido viajero alemán Eugenio Wolf, que durante tanto tiempo ha residido en China, asegura que se han extendido por Europa acerca de aquel imperio en general y de los boxers en particular, un gran número de nociones completamente falsas, lo cual nada tiene de extraño, puesto que casi todos los viajeros ó comerciantes europeos sólo conocen las costas de aquel inmenso país.

Según Eugenio Wolf, el fundador de la secta del Cuchillo (ó del Puño rojo ó de los Boxeadores) es un cierto Yu-Shen que la constituyó durante la guerra chino-japonesa con el sólo objeto de arrojar del Chantung á los japoneses que habían ya ocupado Wei-hai-Wei y se disponían á apoderarse de Wei-Hien. Yu-Shen era entonces prefecto del Chantung meridional y su obra tenía un carácter puramente patriótico.

Terminada la guerra, la secta de los boxers se dedicó á defender á las poblaciones pacíficas contra las cuadrillas de bandidos que habían hecho del distrito de Tsu-tichu-fu, en el Chantung, su guarida y su refugio.

Pero además proponíase la secta otro fin, destruir la dinastía manchú, reemplazándola por una



El globo dirigible «Zeppelin» remontándose por los aires (de fotografía)

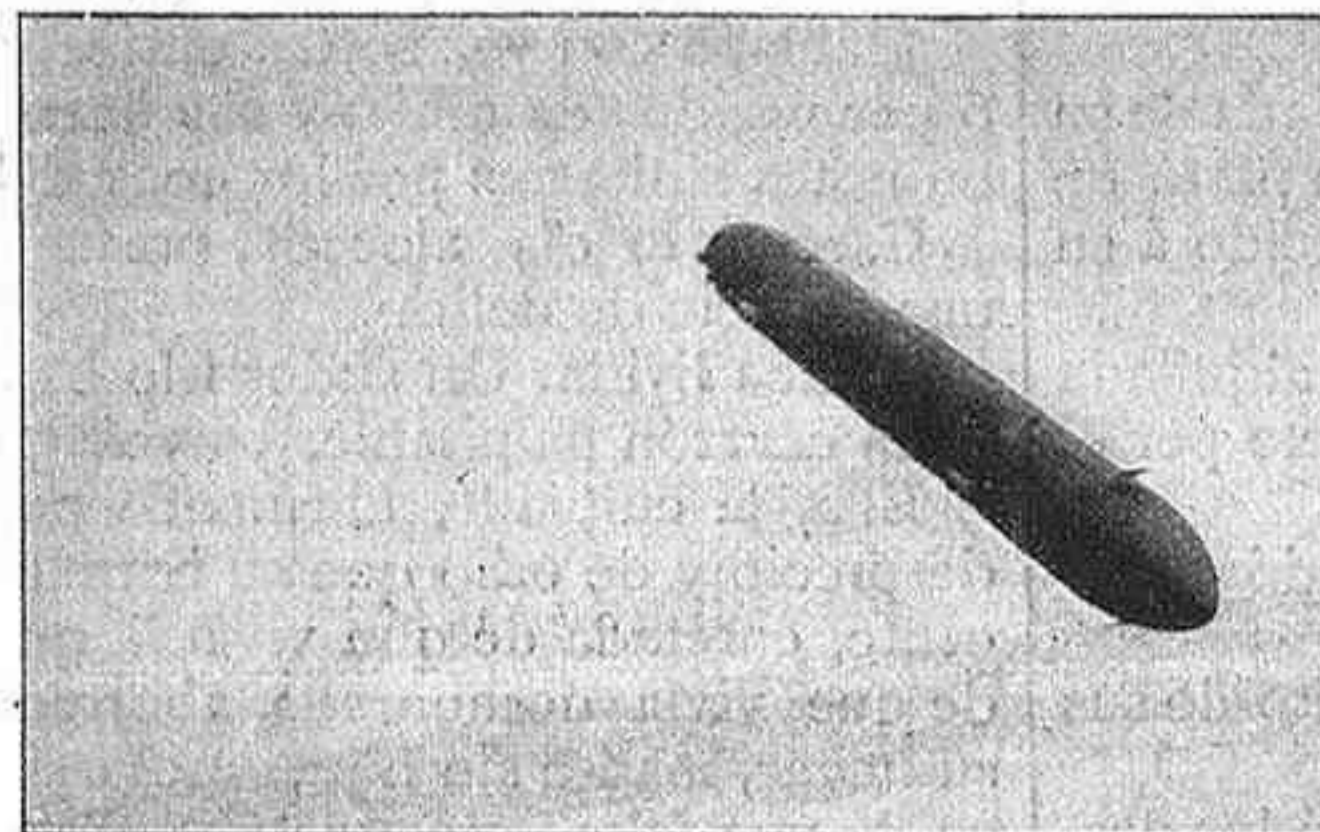
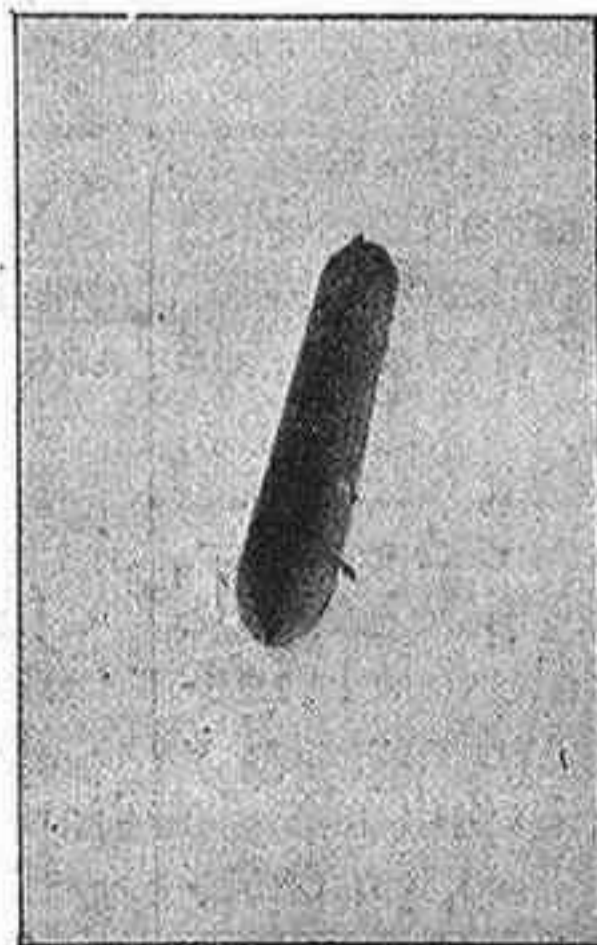
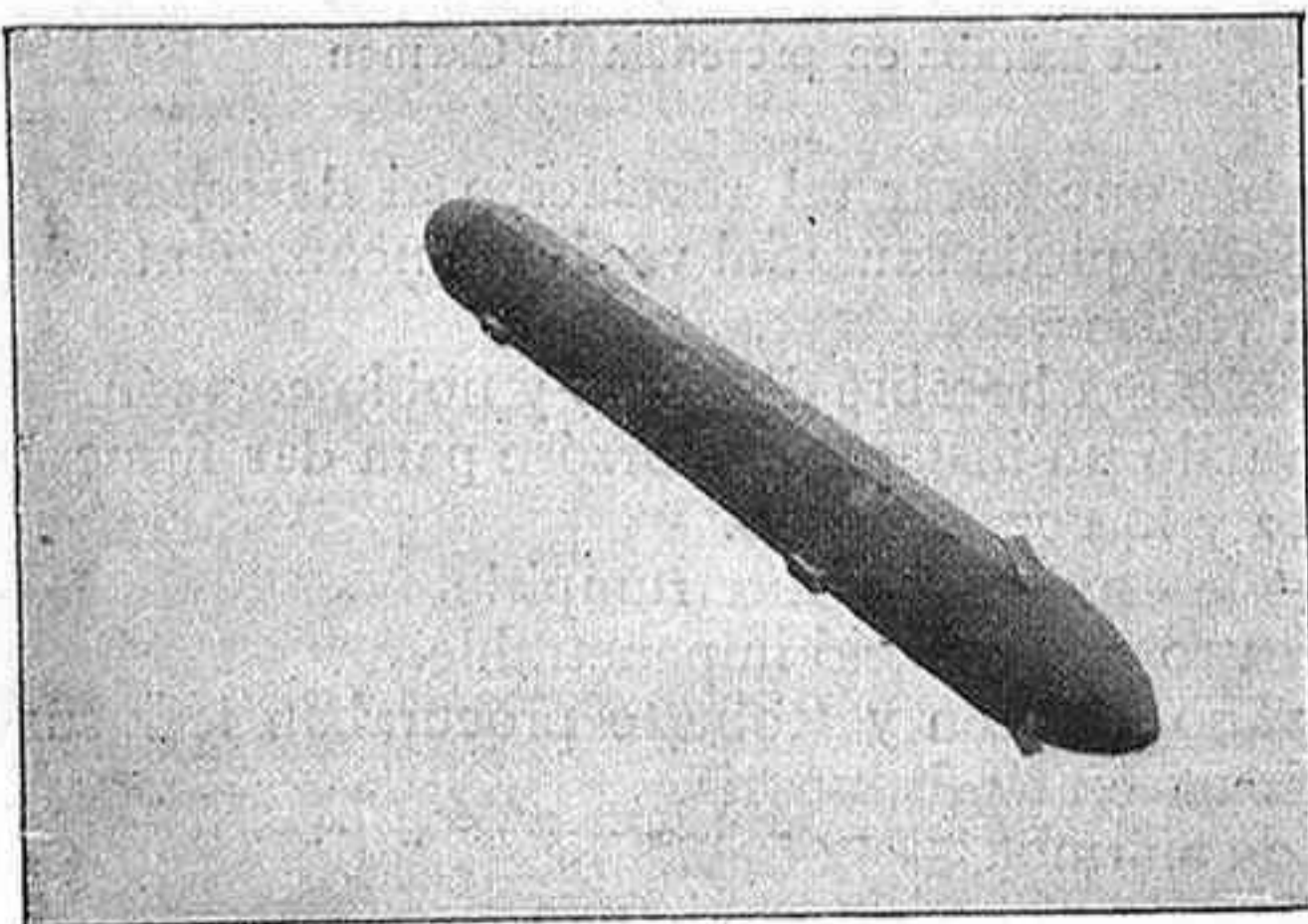
nar las hélices: cada uno de estos motores está dispuesto en una barquilla, á proa el uno y el otro á popa. Las dos navicillas se comunican entre sí por medio de un teléfono. El aerostato se mantiene en posición horizontal ó inclinada, merced á un peso movable de 25 kilogramos que se hace correr á lo largo de una varilla de hierro fijada en el armazón del globo.

El conde Fernando de Zeppelin, que cuenta en la actualidad sesenta y dos años, es descendiente de una antigua familia aristocrática de Suabia. Como

dinastía china. Más tarde asesinó á dos misioneros alemanes, Niess y Henle, lo que motivó como represalias en noviembre de 1897 la ocupación de Kiaotcheu por los alemanes.

Aquella ocupación indignó á los chinos, quienes durante algunos meses vacilaron entre la cólera y el espanto, sin atreverse á tomar ninguna resolución. Por otra parte, desde Pekín enviése una orden para que se evitara todo rozamiento desagradable con los extranjeros. Pero al cabo de seis ó siete meses, los miembros de la secta de los boxers, vueltos en sí de su estupor, se propusieron no sólo alejar á los extranjeros del Chantung, sino que también expulsarlos de todo el imperio: entonces, es decir, en marzo ó abril de 1899, fué nombrado gobernador del Chantung el amigo íntimo de la emperatriz, Yu-Shen, el fundador de la secta.

Este nombramiento galvanizó á todos los funcionarios chinos, y á consecuencia del mismo cambió de la noche á la mañana la actitud de éstos respecto de los extranjeros. Apenas nombrado, Yu-Shen resucitó la antigua milicia civil ó guardia nacional, que desde hacía siglos sólo existía de nombre, siendo enviados á todas las aldeas varios sargentos para



El globo dirigible del conde Fernando Zeppelin en diferentes posiciones navegando por los aires (de fotografía)

instruir á los indígenas en el servicio militar. El primer objeto del gobernador era excitar al pueblo, sublevar á las masas y arrojar á todos los extranjeros del Chantung; pero su segunda intención era servirse de sus sectarios para perseguir á los cristianos chinos, á quienes trataba de traidores á la patria. Mas habiéndose negado los boxers del Chantung á maltratar á sus compatriotas, Yu-Shen hizo un llamamiento á sus adeptos de las otras provincias.

Entonces era cuando aquel hombre nefasto hubiera debido ser arrojado de su puesto bajo la presión de las potencias europeas; pero nada se hizo contra él, y esta negligencia ha resultado muy cara. La secta del Cuchillo ó de los boxers desde enero á junio de 1899 destruyó todos los edificios de las misiones, fuera de los sitios en donde el emperador había ordenado erigir capillas expiatorias. La rebelión, nacida en el Sur, se extendió por todo el Norte de la provincia, en donde se cometieron aún mayores atrocidades. Hasta aquel momento no intervinieron los embajadores, los cuales, especialmente M. Pichón, exigieron la destitución del gobernador Yu-Shen, quien efectivamente fué llamado á Pekín. Mas como la represión de los disturbios no fué bastante enérgi-

ca, el movimiento se extendió por las provincias vecinas y acabó por hacerse general.

Los boxers no se reclutan todos entre el populacho, como se cree en Europa, sino que forman parte de la secta muchos elevados funcionarios, literatos y gente rica; por esto el levantamiento, favorecido por la emperatriz, ha alcanzado proporciones tan considerables.

EL ACEITE DE TRIGO

El aceite de trigo apareció hace ya algunos años, pero su uso era reducido y su producción limitada; en lo sucesivo habrá de contarse, según parece, con este nuevo producto como sucedáneo de los aceites comunes industriales y hasta de los comestibles. El *Manufacturer*, de Filadelfia, publica las siguientes líneas acerca de los usos futuros del aceite de trigo en los Estados Unidos.

El aceite de trigo puede reemplazar al aceite de algodón como sucedáneo del aceite de oliva. Ese aceite es un subproducto del trigo; cada grano de

trigo lleva un pequeño lunar amarillo que las gentes del oficio designan con el nombre de germen, el cual debe ser extraído antes del embarque del trigo, pues de lo contrario se enranciaría el cargamento. La degerminación es el procedimiento empleado para arrancar este germen, y de esta operación resulta la producción de esta substancia oleaginosa. Hasta ahora sólo se empleaba el aceite de trigo en reemplazo del de lino para la preparación de la pintura y como lubricante; pues para la alimentación no servía por su sabor desagradable.

Pero ahora se anuncia que se ha encontrado en los Estados Unidos un procedimiento para clarificarlo y hacerlo soportable al paladar y al olfato sin disminución de materia y rebajando su coste á 50 céntimos el galón. Los molinos americanos producen actualmente 5.000.000 de galones al año, y eso que sólo han elaborado el procedente del trigo destinado á la exportación.

Algunos químicos que han verificado algunos experimentos con este producto pretenden que el aceite de trigo es más digestivo que los aceites hoy empleados en la cocina; pero lo más probable es que sólo servirá para falsificar el de oliva.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BI BARRAL
 DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR EXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALCIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
 VINO • • de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 en las principales farmacias.



MEDALLA DIPLOMA DE FABRICA
HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
 y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
 EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
 adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
 LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
 CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
 PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO
 Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

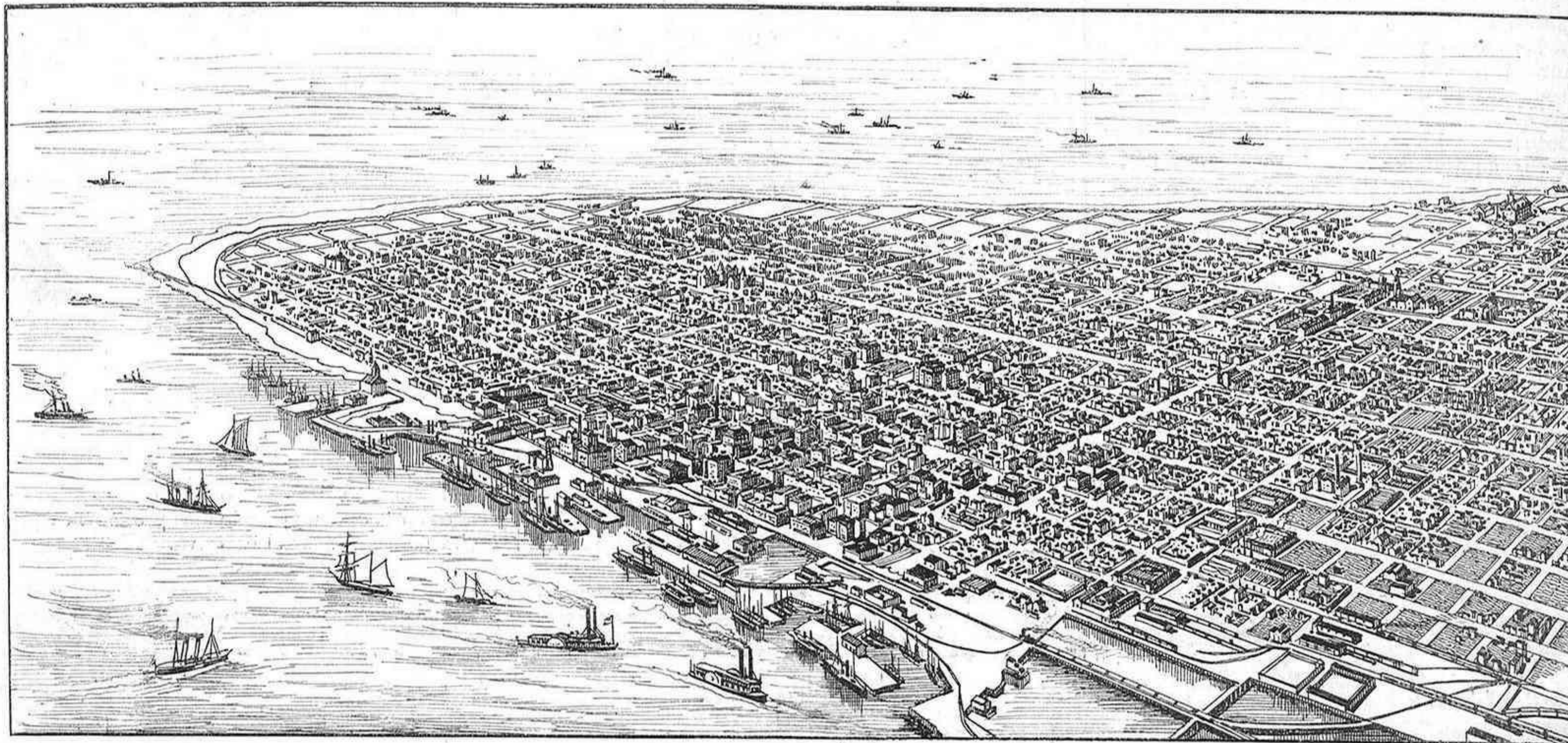
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AGUA LÉCHELLE
 HEMOSTÁTICA
 Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



ESTADOS UNIDOS.—LA CIUDAD DE GALVESTON (ESTADO DE TEXAS) RECIENTEMENTE DESTRUIDA POR UN CICLÓN

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los **MEDICOS.**

DOS FÓRMULAS:

I — CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

II — CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, **CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS**, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del **PECHO** y de los **INTESTINOS**

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emisión de la voz.—**PRECIO: 12 REALES.**

Exigir en el rotulo a firma

Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

PANCREATINA DEFRESNE

Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso y el más completo

Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.

La **PANCREATINA DEFRESNE** previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con **BISMUTHO y MAGNESIA**
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD.**

Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAUQUECAS y NEURALGIAS**

Suprime los **Cólicos periódicos**

E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en **PARIS**

en **MADRID, Melchor GARCIA**, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI.**

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — **PARIS, 31, Rue de Selne.**

Jarabe de Digital de LABELONYE

El más eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad**, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la **S^{ad} de F^{ia} de Paris**

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma**, etc.

HEMOSTATICO el más **PODEROSO** que se conoce, en poción ó en inyección ipodermica. Las **Grageas** hacen más fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas.**

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace más de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las **gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio más eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^u-Vito, insomnios, convulsiones** y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

EL **APIOL** de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.